

# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



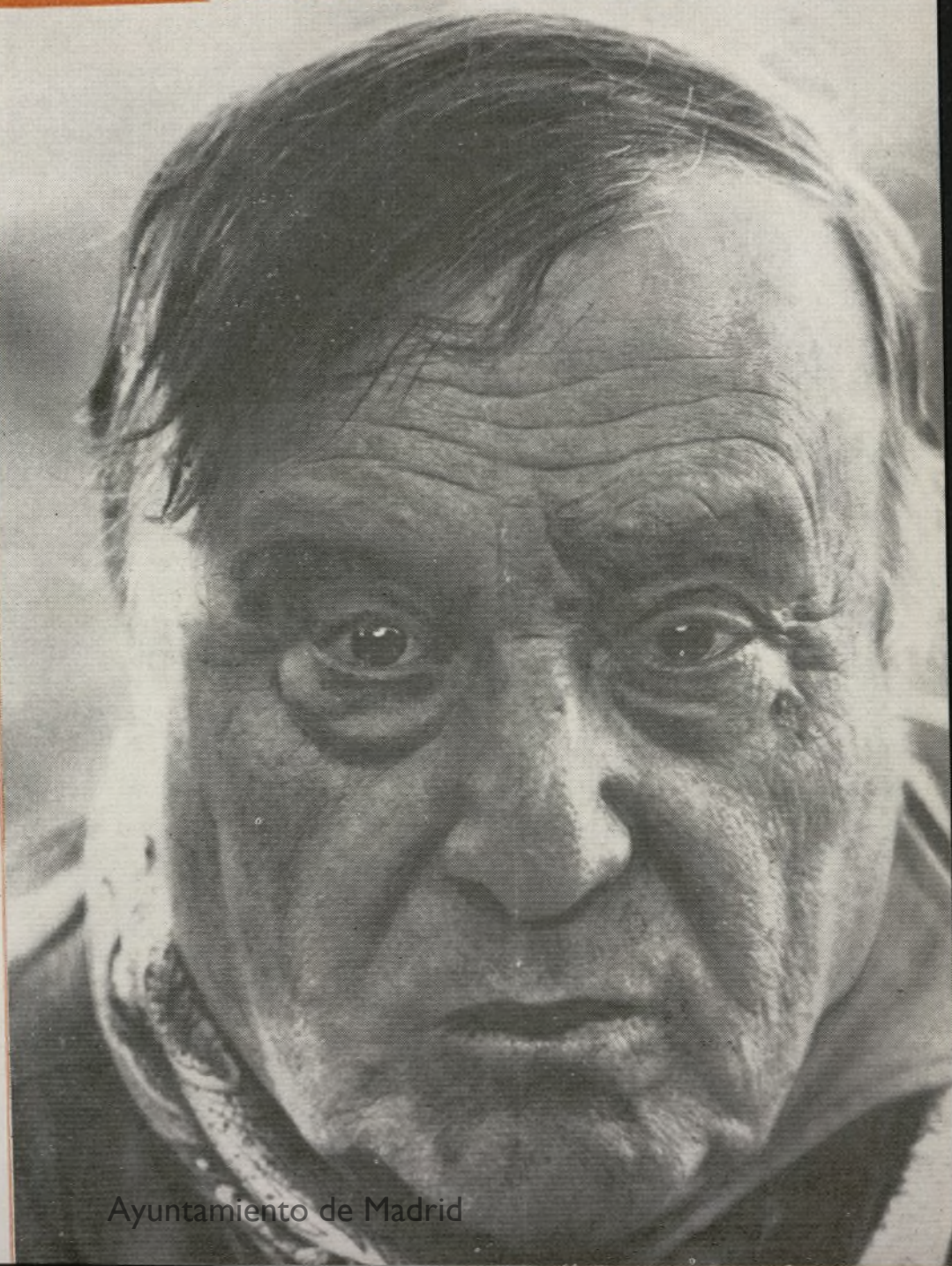
Adolfo Hernández : Concepto Anarquista del Arte. — Federica Montseny : Vladimir fué anarquista. — Campio Carpio : El medio oriente en llamas. — M. Celma : La vida y los libros. — George Woodcock : Alexander Herzen. — J. Alaucho : El hombre frente a la tiranía. — Por los caminos del mundo. — Han Ryner : Un sueño de San Agustín. — Preguntas y respuestas. — Eugenio Belgis : Cementerios. — Gérard de Lacaze-Duthiers : Chantages. — Suno : Microcultura. — Max Nettlau : Breve historia de la Anarquía (Folletón encuadernable)

NOVIEMBRE  
1958

95

REVISTA MENSUAL

PRECIO 90 FR.



Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

# VLAMINCK

La cara hosca de Vlaminck, su expresión concentrada e irónica, son puro trasunto de su obra y de su vida. Podríamos decir que el mejor cuadro de Vlaminck, el que mejor revela su estilo y su clase, es su propio semblante, en el que se refleja su protesta y su independencia.

«Cenit» rinde homenaje al viejo «fauve», saludando en él al anarquista de sus años mozos, al independiente de siempre.

La gloria, el dinero, los honores, jamás hicieron olvidar al antiguo rebelde, al eterno inconformista, sus orígenes ni sus inquietudes, sus luchas ni sus sueños.

El arte fué en él viviente expresión de su protesta, desafío airado a la sociedad y a la vida. Las nubes que se acumulan sobre sus firmamentos agresivos, la desolación violenta de sus paisajes, el realismo brutal de sus figuras humanas, tienen la misma característica de la obra de Zola, su mismo sentido demolidor, su misma preocupación social.

Todos fueron hijos de un mismo gran aliento de revuelta y de esperanza: todos fueron frutos de la misma época. Época fecundada por las llamas de la Commune, la sangre de los 40.000 fusilados del Père Lachaise, las ideas por ellos defendidas y por ellas inmolados: el socialismo federalista y revolucionario, el anarquismo glorioso de la Bella Época.

## CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borraz, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Espleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 250 francos; Semestre, 500 francos. — Exterior: Trimestre, 270 francos; Semestre, 540 francos.

Número suelto: 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT.», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



# CONCEPTO ANARQUISTA DEL ARTE

### IV

#### « UNA REBELION MORAL EN EL ARTE »

CUANDO en otro de los capítulos de este ensayo nos referíamos a la concepción mala-testiana del anarquismo, conforme a la cual dicho ideal consiste en una rebelión moral, lo hacíamos por estimar esencialísimo entroncar este concepto de una nueva moral con las raíces que el arte debe ostentar bajo el prisma ácrata. Raíces constructivas, no ambiguas. Era totalmente inevitable un cambio en el concepto moral tradicional, creado y vinculado por prejuicios de tipo religioso y social. Era preciso enviar a la trastienda lo convencional y poner a tono al hombre con su destino, que no puede ser otro que la libertad, pese a todos los pretextos que los marxistas aduzcan. Para ello precisa crear una moral avanzada, lo que supone, según Guyau « un riesgo intelectual », pero que no sería sino una coordinación, una armonía interior física e intelectual. Tal el anarquismo. Algo de esto intuía Comte, que, como Guyau, creía en una moral natural cuyo basamento fuese la solidaridad social, cuando escribió : « La moral positiva difiere no solamente de la moral metafísica, sino también de la teológica, porque sostiene el predominio de los sentimientos sociales como principio universal... » Síntesis del lejano pensamiento de los estoicos que creían en la fuerza de la Naturaleza y de ella extraían los basamentos morales sin quedar mediatizados por el dogma. A decir verdad no andaban tan descaminados Zenón y Crisipo. De todo ello venimos a concluir que el anarquismo es la médula de esta revolución idealista, es decir, una doctrina fundada en los sentimientos de fraternidad más puros que han engendrado los hombres : en sentimientos de utilidad social. Es claro que el arte, en tales circunstancias, encuentra su verdadero camino, puesto que actúa dentro de la más alta expresión ética, sin cortapisa alguna. Tolstoi

indica en : « ¿Qué es el arte? », que nunca se ha logrado una contestación cuerda en torno al asunto, y ello es debido a que se estima que el fin del arte es la belleza, que ésta se conoce por el placer que proporciona, y que el placer, a su vez, es una cosa importante por el solo hecho de ser placer. Esto no es una definición verdadera. Más adelante nos dirá que : « la inexactitud de todas estas manifestaciones procede de que todas, sin excepción, lo mismo que las metafísicas, cuidan sólo del placer que el arte puede producir, y no del papel que puede y debe desempeñar en la vida del hombre y de la humanidad. » Es decir, que debe producir, no divertir solamente. El arte debe ser constructivo, impulsivo, generador de nuevos pensamientos altruistas. Su tarea es considerada de sublimación y de interpretación en este extraño concierto vital que rodea al hombre y el hombre mismo. Es más, aun teniendo como premisa la razón, no deberíamos sujetarnos a ella, se precisa un poco de desvario. Recordemos la amarga cordura de Don Quijote. Pero ¿Acaso la Naturaleza no lo suele hacer? ¿No sorprende la constante mutación que observamos, año con año...? Vergeles se tornan en yermos espantables por la acción de volcanes inesperados; islas rugientes emergen de las profundidades marinas; terremotos estremecedores cimbran y rasgan la tierra en el momento menos pensado. Todo ello nos afirma más en nuestra tesis acerca del arte. Es algo así como la liberación de cadenas seculares. No todo está prefijado; algo salta a la regla fija, es decir, algo evoluciona y rompe el eslabón de la cadena. Estamos forjando constantemente, en contraposición con nuestros hermanos menores, que solamente se limitan a seguir el ciclo de la vida sin aportar, independientemente de su utilidad material o afectiva, ni un adarme; el destino de los animales es nacer, crecer, procrear y morir. Ahí los eslabones no se desprenden fácilmente, como no sea por la ley de selección natural. En tales circunstancias deberíamos preguntarnos : ¿Qué papel desempeña la razón en estos asuntos? R'cardo Mella nos dice algo al respecto en su magnifi-



## « EL ARTE CONTEMPORANEO

co « Ideario » : « No quiero, no, anular la razón. Pero no la admito como soberano absoluto. De aquí a la infalibilidad no hay más que un paso. La verdad no reside en ella, sino en la Naturaleza. Y la Naturaleza no sabemos que sea un silogismo. Si reduces la razón a la experiencia y a la realidad, matas al genio creador de la humanidad, aniquilas la intuición, acabas con las invenciones maravillosas, con los prodigios imaginativos trocados luego en hermosas realidades. Deja que la razón poetice... » Gracián pedirá un grano de locura en toda creación. Otra vez la rebelión moral. El arte bajo el signo de la esperanza o el desaliento, solamente respeto hacia el hombre y su contenido trascendente. Por ello estamos identificados con muchas obras del pasado y del presente que tienen el destello de lo inconforme. Estamos con los que, por no sujetarse a una escuela, crean otra. Con los que, viendo el mundo de una manera distinta a lo que marcaba el consenso oficial, lo gritaron sin ambages. De los que, en fin, con sus versos y escritos proyectan esperanza y amor más allá de su muerte y siguen viviendo y alentando los corazones humanos. Estamos, pues, con los eternos esperanzados. Para ello se precisa la moral avanzada que hemos anunciado : en la naturaleza tomaremos el ejemplo y el arte adoptará su postura suprema : exaltar y dignificar la vida. El anarquista ama la vida y le interesa todo lo que concierne a la felicidad humana. El arte es trasunto del hombre, es su expresión imperecedera, por tanto, y bajo la moral libertaria exigimos de él conocimiento de los problemas que la vida nos hace enfrentar, aporte de luz en las encrucijadas. Lacaze-Duthiers ha dicho : «... el arte hace amar la vida porque la hace comprender... » Precisamos, pues, un arte sano, valiente, lúcido, que represente a los hombres libres y sepa ser trascendente, como trascendental será una sociedad humana libre. Un arte bastardo o mejor dicho, provisional, que exalta los mitos, exalta los dogmas y el mundo irreal de la ignorancia si, acaso, se justificaba en la prehistoria o en las incipientes civilizaciones que poblaron el Eufrates, el Tigris o el Nilo, no tiene cabida en el mundo actual, un mundo que empieza a tornarse real, que pide mucha claridad, pero que sigue siendo extremadamente cruel. Y lo es por algo terrible : el hombre sigue siendo una definición abstracta, nebulosa ; el factor masa sigue prevaleciendo como lo tangible. Sólo los anarquistas han respetado la individualidad « hombre » y le otorgan cabal libertad para su capacidad creadora, dentro de las leyes naturales que regulan la interdependencia de los humanos para bien de la comuna. Jamás, como ahora, ha precisado el arte libertad y expansión, sin esto no podría existir, no habría razón para que existiera ; para que crezca sin cortapisas es preciso preservar la independencia del hombre y su derecho de auto-determinación. Parafraseando a Mill debemos decir que la iniciación de todas las cosas sabias y nobles provienen y deben venir de los individuos ; generalmente, al principio, de un individuo. La llama solitaria que crea y que inspira.

Largo es el camino de esta nueva moral, pero su paso no es tardío, es firme y siempre hacia la verdad. El sol de los inconformes alumbrará su camino y en su marcha el hombre adquiere más conciencia de sí mismo.

Así, el individuo preparado, con sensibilidad singular, crea lo que más adelante será patrimonio de su comunidad y del mundo, si tiene sello clásico. Al preservar la individualidad, el anarquismo crea los fundamentos de un arte del hombre para los hombres. No puede, no podría, imponer cortapisas a una función social tan delicada como es la creación artística, pues ella singulariza nuestra aparición en la Tierra. Esta es, a grandes rasgos, nuestra rebelión moral.

Existe en la época actual un firme deseo de eludir el círculo letal que nos oprime. El forcejeo atómico entre las grandes potencias de esta era, con sus lógicas derivaciones político-sociales, tiene al mundo al borde del abismo, un abismo en el que podría desaparecer la especie. El arte no es ajeno, en manera alguna, al problema, por el contrario, al través de todas sus expresiones es firme exponente del mismo. Tal tesitura da lugar a que las creaciones artísticas de esta época sean, en su mayoría, una mezcla de la angustia y del optimismo (este último en dosis razonables) que embargan al hombre. En este punto se me ocurre que seguimos, como en siglos anteriores, dando vuelta a la vieja noria de la esperanza, pero esta vez, signo de los tiempos, más descarnadamente ; como somos más modernos somos más crueles o, por lo menos, hemos encontrado los medios para serlo. Lacaze-Duthiers dijo en cierta ocasión que hacía falta vivir en el presente como si viviéramos en el porvenir y apuntillaba estas reflexiones añadiendo : « En la sociedad presente hay dos sociedades : una que vive en el pasado y otra en el porvenir ; una lógicamente encadenada a la gazmoñería de las leyes tradicionales y la otra, maravillosa, impelida hacia una sociedad estética perfecta. » Por mi parte, añadiría : Parte de la sociedad actual vive en el presente ; vive en el hoy, y si le queda un resquicio dentro de sus temores para pensar en el mañana, lo hace tímidamente, con un optimismo comedido. ¿ En qué proporción afecta esto al arte ? Quizás en que nos hemos vuelto más introvertidos ; es decir, el hombre está haciendo, en la época presente, la auto-diseccción más terrible que se haya verificado en toda su existencia. Por primera vez se está formulando, con visos de realidad, la trepidante cuestión de si somos unos muñecos zarandeados por el destino y abocados a un final violento, buscado por nosotros mismos. El viejo Wells así lo intuyó agoraramente, influido, quizás, por su fama de horadar el arcano (fué llamado el vidente extraordinario, una especie de Julio Verne moderno, puesto que, entre otras cosas, anunció la aparición de la bomba atómica).

Este examen acuciante, ateneante, de nuestro ser nos ha llevado a extremos inconcebibles en las formas artísticas, así el cubismo, el surrealismo, el expresionismo en la pintura y en la escultura, o los nuevos caminos de la música (en una inquietante entrevista con el compositor ruso Igor Stravinsky leímos : « La armonía como medio de construcción musical, ya no ofrece ningún manantial en el que inspirarse, ni en el que pudiera buscarse beneficio alguno. El oído (y el cerebro) contemporáneo exige un camino totalmente distinto para llegar a la música »). Una imagen interior de nuestro ser es la médula de estas explosiones, en las que el realismo se ha mezclado con el subjetivismo ; es decir, nuestro pensamiento domina, en todas manifestaciones artísticas, al sujeto que sirve para la expresión sin que exista concordancia alguna entre idea e imagen ; así, Picasso abusa en sus abstracciones de una terrible y generalizada introversión ; algo así como si se precisara estudiar un manual psiquiátrico para intuir el contenido de la obra. Digamos de una vez que muchas de las innovaciones que nos presenta el arte actual, tanto en pintura como en escultura parecen una vuelta al pasado monolítico, simbólico, abstracto. Igual acontece con la música, a juzgar por las confesiones de Stravinsky transcritas más arriba). Por supuesto que la literatura tampoco escapa a los excesos de la época presente.

La introversión ha adquirido, en el arte contemporáneo tal auge, que desemboca en una negación total del concepto natural de expresión, pero hay algo más, en



último análisis, el arte actual, en grandes sectores, ha incurrido en un materialismo digno de mejor causa, es decir, he desembocado en un subjetivismo atroz. Así, Georges Limbour, en un estudio sobre la nueva escuela pictórica parisiense nos dice: «A partir de la liberación, numerosos pintores, entre los que se cuentan los más destacados, se alejan de la figuración y, para evocar el mundo, recurren a signos personales, por consiguiente, muy abstractos, en los que la evidencia y la exactitud de la significación arriesgan obscurecerse. ¿Quién podría decir que los cubistas, por ejemplo, han empleado jamás signos? Más adelante Limbour llegará a la raíz del subjetivismo al decir — y lo que sigue es todo un testimonio de una era desquiciante en los derroteros del arte: «Añadamos que el signo significativo ha acabado por conquistar cierta independencia en relación con la cosa que representa y tiende a convertirse en su propio fin y, por lo tanto, a perder su carácter de signo para llegar a una cosa que tiene valor por sí misma. Y entonces es cuando comienza lo que se ha llamado la pintura abstracta...» Y, nos preguntamos nosotros, al contemplar cuadros de Fernand Léger o esculturas de Giacometti: ¿Esto qué es?... ¿Estamos volviendo el arte un mensaje cifrado? ¿Qué se busca, después de todo? ¿Acaso síntesis...? Muy loable si tal es el propósito, porque todos tenemos prisa y queremos que se nos diga sin rodeos qué diablo es lo que se pretende decir en este cuadro o en aquella extraña figura de trazos primarios, pero para que tal acontezca, debemos llegar al análisis. Es lo que llamaré Lacaze-Duthiers, con gran penetración: la unidad del arte. Y lo lamentable es que en estas obras de la escuela moderna, excepto en varios admirables estetas que dan brillo a algunos segmentos del arte moderno, solamente existe una desquiciante síntesis que pulveriza el análisis del tema tratado. El pintor o el escultor adora su abstracción y le da personalidad «propia» no «transmisora»; es decir, el objeto debe ser admirado «por sí», no en función de una idea determinada. Todo lo cual vendría a ser el colmo del narcisismo. En reciente estudio, Herbert Read comentaba los trabajos de una serie de pintores modernos, pintores jóvenes, llegando a la conclusión de que, en conjunto, esa obra mostraba una confusión de expresión que la hacía aproximarse a lo caótico.

En música ocurre algo similar; los profanos diríamos, al referirnos a ciertas partituras: nos hieren el timpano y alteran nuestros nervios, pero esta excitación no responde a ningún exponente noble, sino a una disonancia armónica carente de forma.

¿En literatura? Parece que algunos críticos han llamado a algunas de las producciones de los últimos años «tristes aberraciones». Empero, en las letras es más difícil mistificar, puesto que se trabaja sobre valores convencionales, se conoce el valor de las letras y de las palabras, cada una de éstas es una síntesis de emociones que, unidas, reflejan el análisis. Si, es más difícil engañar en literatura. La introversión domina el medio ambiente literario y es definida por la nueva autora francesa Nathalie Sarraute con estas frases gráficas y terribles: «Se esforzará por dragar esa materia extraña, anónima como la linfa, como la sangre, esa materia insípida y fluida, ese mundo viscoso y sombrío cuyo cielo habrá que remover muy delicadamente para hacer aflorar la masa estremecida». He ahí un cuadro del subconsciente humano. Pero hay también los escritores que otean el mundo bajo un aspecto más humano y saben que no todo es viscoso y sombrío, hay también luz, sol y armonía, esperanza en la raza humana y su porvenir y el estudio de sus complejidades físicas corresponde más bien al médico que al artista (aunque puede haber su natural complemento) y que, en este estudio, no tiene porqué emplearse un masoquismo enervante, ni encontrar figuras nauseabundas. Por otra parte, juegan

un papel importante en el actual movimiento literario la llamada literatura de compromiso en la que surgen testimonios históricos como el tan comentado de Milovan Djilas quien, al radiografiar el régimen comunista de Tito en Yugoslavia y referirse a las tendencias artísticas de la dictadura eslava, manifiesta: «El realismo socialista, por no haber evolucionado nunca, hasta formar una teoría completa, equivale prácticamente al monopolio ideológico por los comunistas. Recurre a los artistas para que revistan de ropajes las ideas rígidas y retrógradas de los jefes y para que rodeen de romanticismo y de panegíricos sus acciones importantes. Todo esto conduce a una justificación farisaica del dominio que el régimen ejerce sobre las ideas y, de la censura, mediante la cual la burocracia niega las exigencias mismas del arte.» Libros como el comentado de Djilas constituyen testimonios candentes de una época de transición en este mundo del hoy. En realidad el arte contemporáneo, en general, peca de un individualismo negativo. Olvida que el arte proviene del hombre y debe proyectarse hacia el hombre. Y se olvida de la cualidad del arte: abstraccionismo que sea fuente creadora, no vertedero pesimista o hacedor de soberbia. Algún crítico ha llegado a mencionar la palabra de plagio al referirse al arte actual, un plagio burdo en muchas ocasiones añadiríamos y, al respecto, podríamos mencionar los paralelismos entre el realismo literario actual y el que nos legaron algunos de los más brillantes ingenios de la antigüedad. Ante ciertas páginas de mal gusto indudable no podemos por menos de evocar con nostalgia los textos de un Boccaccio, de un Rabelais o de un Quevedo, donde a la ironía de quilate, se unía un sabor descriptivo y crítico de hondura.

Por otra parte, encontramos analogías interesantísimas entre el arte moderno y las civilizaciones remotas, como la mixteca en México, llamada poéticamente «habitantes del país de las nubes», por vivir en las sierras altas que llevan su nombre en el Estado sureño de Oaxaca. Crespo de la Serna nos dice al respecto: «Ante una de las urnas cinerarias (mixtecas) misteriosa, solemne en su solemnidad secular, comprueba uno la admirable sensibilidad y comprensión de la simbología formal, hecha realidad con un sintetismo de abstracción que da lecciones a cualquiera de los escultores modernos, no digo ya a los mexicanos. Y esta impresión sube de punto al contemplar esas cabezas de barro en que una mitad es la muerte y la otra la vida, anticipación del simultaneísmo caprichoso de un Picasso o de un Diego Rivera...» Admirable lo que nos revela el arte mixteca, o el no menos milenarismo tarasco, maya o azteca, pero más asombroso todavía, lo que se deduce del estudio de Thor Heyerdhal (el arrojado capitán que conmovió al mundo con sus peripecias en la balsa «Kon-Tiki» en su viaje a Polinesia), efectuado en la Isla de Pascua y de las observaciones que la escritora y viajera Mariana Goeritz ha realizado en la misma lejana isla llamada por los naturales «Te Pito Te Hema» que quiere decir, lo cual no deja de ser soberbia para un dialecto polinesio: «ombligo del mundo»; pues bien, como todos sabéis, en la Isla de Pascua existen unas esculturas colosales llamadas «Moai» en las cuales se aprecian unas inscripciones que evocan un misterioso lenguaje todavía sin descifrar (los soviéticos dijeron hace unas semanas que ya lo habían sido, pero no hay confirmación al respecto).

(Continuará)

ADOLFO HERNANDEZ





Cuando el anarquismo estaba de moda

# Vlaminck fué anarquista

**Y** de ese pasado ya remoto—pertenece al período de la llamada Bella Epoca—Vlaminck guardó siempre su independencia de carácter, su inconformismo, lo que el mundo llamaba sus extravagancias, y que se ha manifestado hasta en la forma elegante como se ha ido de este mundo.

Antes de que afluyese la jauría de los periodistas; antes de que el Gobierno estudiase la categoría de honores que debían dedicarse al viejo «fauve» que acababa de irse silenciosamente de este mundo; antes de que sobre él se proyectase la curiosidad mórbida del gran público, a la caza siempre de sensacionalismo; antes, en fin, de que amigos y enemigos se enterasen de su muerte, Vlaminck, por disposición testamentaria suya, ya había sido enterrado civilmente, a la entrada de la noche, conducido su cuerpo por una carreta, en un rincón de tierra sobre la que no habrá jamás ni lápida ni monumento funerario alguno.

«Quiero que sobre mi tumba puedan venir a picotear los pájaros», declaró horas antes de morir a sus hijas.

Este entierro me recuerda otro, intimamente ligado a mi vida. Al lado del gran cuerpo de Vlaminck, uno de los últimos supervivientes de la Bella Epoca francesa, veo otro gran cuerpo, también descendido de la colina donde murió sobre una carreta, también enterrado en un rincón de cementerio, en la misma tierra, en la soledad inmensa de unos días en que el solo hecho de dejar desnuda y sin cruz alguna la pobre tumba era ya un desafío a los vencedores de la hora. Este otro muerto, enterrado de la misma manera, pero al amanecer, mientras al otro lo han enterrado a la caída del día, era también otro de los últimos ejemplares de la misma época en España; otro de los que fueron anarquistas en aquella hora. La diferencia estriba en que mientras Vlaminck dejó de llamárselo cuando pasó la moda, Urales murió siéndolo y diciéndoselo hasta cuando decírselo era aumentar el número incontable de peligros que se cernían sobre su blanca cabeza.

De Vlaminck, hoy, por voluntad propia, no queda más que su obra. Discutible y discutida, pero densa y expresión de un genio renovador y revolucionario. El «fauvismo» — palabra intraducible, porque debería llamarse «fierismo» a la escuela que ilustraron, entre otros, Derain, Matisse, Vlaminck, el pobre Modigliani y Picasso en sus comienzos—recogió la herencia de Van Gogh y la continuó, perfeccionándola. En Vlaminck, como en Van Gogh, la misma obsesión del paisaje llevado

a la pintura con los mismos trazos violentos, con la misma agresividad de colores, con el mismo juego genial de tonos grises y de tonos vivos. Campos dorados bajo nubarrones densos; semblantes pardos en medio de deslumbrantes colores. Y todo ello consiguiendo dar una impresión de vida, de realidad extraordinaria, que es el rasgo distintivo de la ejecutoria del genio.

Y para conseguir triunfar, imponerse, alcanzar la fama y la fortuna, la misma lucha, los mismos comienzos en medio de la incompreensión y de la miseria. Van Gogh, demasiado sensible, indefenso moralmente por su corazón al rojo vivo, abandonó el combate y se evadió de la vida sin conocer el triunfo. Vlaminck, encarnizado y más sano físicamente, resistió y llegó a ser el pintor famoso cuyos cuadros, ayer vendidos a cien francos, hoy se cotizan por millones.

\*\*\*

Pero antes de llegar a este resultado, hay cuarenta años de vida a sobrellevar, muchas incompreensiones y adversidades a vencer. Vlaminck hizo de todo: desde corredor ciclista hasta atleta de feria, pasando por la carga y descarga en las Halls de París.

Antes de ser pintor, fué novelista. A este período literario va ligada su etapa libertaria, cuando formó parte del grupo «Le Libéraire» y colaboró en el periódico fundado por Sebastián Faure y Luisa Michel. De esos contactos y de esas influencias guardó siempre impreso el sello Vlaminck. Dejó de ser, pero en el fondo de su alma el contagio perduró hasta la muerte: no sólo en la forma hosca y solitaria de morir, sino también en la manera solitaria y hosca como vivió su vida.

Desde hacía muchos años se había retirado en el campo, en un pueblecillo y en una casa perdida en la campiña. Allí tenían que ir a verle sus admiradores, y sólo de vez en cuando hacía su aparición en París, para honrar con su presencia alguna exposición de sus amigos o de sus propios cuadros. Y siempre con el mismo desaliño en el vestir, con el mismo desafío a la sociedad, hasta en la forma de llevar los pantalones y de dejar colgado el abrigo.

Jamás fué Vlaminck un pintor de sociedad, de recepciones mundanas y de actos oficiales. El «fauvismo» de su paleta fué el «fauvismo» de su vida. Ella sería, si no ejemplar, por lo menos pintoresca y admirable hasta en sus extravagancias, si no hubiese tenido un minuto de debilidad y de cobardía en su vida, del cual se reivindicaron traba-



josamente él y Derain, su amigo, su rival, su adversario y su aliado. Me refiero al famoso viaje de Berlín, invitados por Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, a través del untuoso embajador Abetz. Momento crucial aquél, en el que muchos flaquearon; para los menos conocidos, el olvido ha cubierto el recuerdo del gesto; para Derain y Vlaminck jamás hubo olvido total. ¿Qué le pasó al viejo «fauve» en aquella hora difícil? ¿Fue realmente por devolver a su hogar a dos soldados franceses por lo que fue a Berlín? Según parece, Abetz prometió a todos los artistas que fuesen al acto de intercambio cultural Francia-Alemania la liberación de dos prisioneros de guerra por artista que respondiese a la invitación. ¿Fue el miedo: miedo a los campos de concentración, miedo a las represalias, miedo a la pérdida de sus bienes materiales, lo que llevó a esos dos hombres a tener ese momento de flaqueza? ¡Quién podrá jamás saberlo! Pero de ello se han apresurado a hacer arma los que en Vlaminck, todavía, como en Céline, ven dos antiguos «anars» caídos en la indignidad moral, rebajados de su pedestal de ángeles negros.

Pero pese a esa flaqueza, Vlaminck no cayó en el misticismo, como Utrillo y como Matisse; Vlaminck mantuvo fieramente su librepensamiento, su desafío a la sociedad, aun cuando esa sociedad le hubiese dado un lugar de elección en sus rangos privilegiados. Llegado a la cúspide, se permitió el lujo de ignorarla, de vivir fuera de ella, no necesitándola para nada.

Y al morir ha realizado su último gesto de rebeldía: ha muerto al margen de toda religión y de toda consagración y reconocimiento del Estado. El antiguo «anar» no ha renegado de sus primeros amigos y de sus primeras influencias. Ha vuelto, por el contrario, libremente, a sus orígenes en el momento de abandonar la vida.

\* \*

Físicamente era un hércules. Un gran corpachón, una verdadera fuerza de la naturaleza. De carácter jovial, he leído anécdotas que recuerdan las de Casas y Rusiñol en España. Ellos, Vlaminck y Derain, en sus comienzos, vivieron igualmente unidos por la misma fraternidad, compartiendo dificultades y dinero. Rusiñol y Casas eran ricos; Vlaminck y Derain eran pobres. Surgidos los dos de familias de clase media, los padres de ambos no querían que fuesen artistas. El padre de Vlaminck era profesor de música; el de Derain era lechero. Para ambos, la pintura no era el ideal imaginado para sus hijos. Y éstos, para poder pintar, tuvieron que romper en parte con la familia. La madre de Vlaminck siempre le ayudó. Pero para completar el cuadro, éste se casó muy joven y se cargó de hijos. Sostener una familia y ser artista es muy difícil. Vlaminck tampoco vivió nun-

ca la bohemia miserable de Modigliani. Prefirió trabajar y dar al arte, a deshoras, lo mejor de sí mismo.

Fue un verdadero azar lo que les puso sobre el camino de la gloria: un suegro quiso hacer a un yerno con el que no simpatizaba un regalo bien desagradable. Y se le ocurrió adquirir dos cuadros de dos artistas desconocidos, los que le parecieron más feos. Eran un cuadro de Vlaminck y otro de Derain. Dió por ellos cien francos a cada uno. Pero el yerno era un hombre entendido en arte, que encontró los cuadros notables y originales y que los mostró al famoso vendedor de cuadros y de antigüedades Vollard. Este un día se presentó en casa de Vlaminck y por 6.000 francos le compró todos los cuadros. Seis mil francos, en la época, eran una fortuna. Vlaminck pensó que se había vuelto loco y no quería aceptarlo, diciéndole:

—Pero esto es mucho, y va usted a perder ese dinero. No quiero engañarle. Mis cuadros no se venden. Del que mejor he vendido he sacado cien francos.

—No se preocupe. Un día valdrán millones.

\* \*

Ha muerto a los ochenta y dos años. No hace muchos meses, aún asistió a una exposición retrospectiva de sus cuadros. En las actualidades cinematográficas aún vimos su gran corpachón, su cabeza voluminosa, de ojos penetrantes e irónicos, verdadera cabeza walona, pues este pintor francés era de origen belga. Y del carácter walón tenía la solidez, el buen sentido, la tenacidad, el humor y la independencia de carácter.

De su primera mujer le vivieron dos hijas, las que hoy han sido únicas acompañantes de sus restos. En vida todavía de su esposa, se enamoró de una modelo inmortalizada por el pincel de Modigliani: Berta Combes. Esta fue la verdadera compañera de su vida: no por el impulso irreflexivo y pasional de su temprano matrimonio, cuando sólo tenía veinte años. Con Berta vivió unido unos treinta. Ella se fue antes que él. Ahora le ha seguido al mundo de las sombras.

De él no queda, materialmente, más que esa tumba ignorada a donde irán a picotear los pájaros y sobre la que nacerán libremente la hierba, los matorrales, los arbustos. Y, diseminada por el mundo, queda su producción artística, sus cuadros luminosos y atormentados, de contrastes y de tonos violentos, con los que creó escuela y liberó sus complejos de rebeldía, su sed de lucha, el furioso «fauve», el viejo anarquista de la Bella Época, de la época en que el anarquismo estaba de moda y no temían llamarse anarquistas ni Tolstoy ni Severine; en que al anarquismo lo habían puesto de moda las bombas de Vaillant y de Emilio Henry y los libros de ciencia de Kropotkin y de Reclus.

Federica MONTSENY



# EL MEDIO ORIENTE

## en llamas

**B**EIRUT, Damasco y Bagdad, ciudades de leyenda que nos vienen al recuerdo de las «mil y una noches», son tan comunes a la civilización como Tebas la de cien puertas sepultada bajo las ruinas de Medinet, Karnak y Luxor. Famosas en la historia de la fantasía, como Troya y como Babilonia; de allí recibió el género humano en el curso de los años, tanta historia que, en un relámpago, parecieron sucumbir condenadas por la maldición de la que consiguió redimirse Sodoma y Gomorra. Víctimas de la depravación y de la opulencia, igual que Roma bajo la amenaza de las riquezas desmedidas, ausentes de bienes espirituales, invadidas y vencidas por los hierros de la civilización moderna.

Dos viejas culturas, la caldea y asiria unidas con la egipcia por virtud de tratados recientes, la política internacional desarrollada en lo que va de nuestro siglo, aspiró a constituir en un bastión, en muralla china frente al avance del Asia que encuentra a Europa desarmada y desarticulada, entregada al disfrute de una posición climática de privilegio que la naturaleza quiso convertir en paraíso.

El suelo mesopotámico, antiguamente fértil, durante miles de años pudo alimentar a un gran sector de humanidad. Dinastías despóticas sometieron al hombre a las duras pruebas de su resistencia física y moral. El absolutismo ensayó en sus cuerpos y almas los castigos con rigor máximo y tamaña ferocidad, cual una maldición bíblica que todavía pesa sobre la conciencia de medio mundo. La soberbia y la barbarie de las instituciones impusieron desprecio y sembraron dolor y lágrimas a raudales en las páginas de las religiones que allí tuvieron origen, todas amasadas con llantos arrancados del sufrimiento y puestos como precio a la conquista de la virtud de las generaciones posteriores. El medio oriente impuso en la historia de los pueblos circundantes por vía espiritual, esa característica particular del sufrimiento, del castigo divino que vengativos dioses infernales legaron a la humanidad, con sus hambres y sed de sacrificios exigidos por los faraones, sus abrumadores tareas de esclavitud en un paroxismo de lenta agonía que sirvió de pasto para alimentar la avaricia y lascivia de los poderes. Sociedad tan viciada de crueldades y depravaciones fué cediendo, como todo artificio histórico, víctima de sus crímenes y con el pasado de opulencia a cuyas espaldas creció el imperio babilónico, quedó sepultado bajo las arenas con el avance del desierto.

El suelo, de fértil pasó a ser feraz y, con el curso del tiempo, de las civilizaciones, sólo quedó el recuerdo en los monumentos enterrados por el simún. Tribus de distintos orígenes se posesionaron de la llanura que antes estuviera regada por infinidad de ríos y regatos para humedecer la tierra donde se obtenían hasta tres cosechas de cereales por año y otros productos alimenticios. La leyenda bíblica situó allí, durante generaciones, el hogar de la tierra prometida y, con las adversidades climáticas que la fantasía atribuyó como castigo de la divinidad, únicamente las ciudades costeras al Mediterráneo consiguieron pervivir para recordarnos la existencia de un estado de organización humana en determinada época del tiempo que se fué.

Navegantes y comerciantes fenicios llevaron allí también su propia civilización a ambos márgenes del Mediterráneo y del Mar Rojo, fundando desde el Monte Carmelo, Tiro, Sidón, Trípoli, hasta Ceuta. Cuando las antiguas religiones declinaban, la cultura bizantina aplicó el golpe de muerte a las instituciones caducas que se diluyeron aplastadas por el peso cartaginés. El actual Irak, regado por la cuenca del Tigris y el Eufrates. Irán, mirando al Asia, con los pies mojados en el Mar Caspio quedarían perdidamente olvidados en la memoria del ser humano a no ser por el milagro mecánico que hizo posible la extracción de los aceites minerales acumulados en el subsuelo terrestre de esa zona geográfica del mundo.

Y la esquizosis traumática operada en esa región del globo, que por obra de coincidencias naturales, de centro nervioso de civilizaciones antiguas y cuna de religiones desaparecidas para siempre en el seno del olvido, es teatro en nuestros días del oscuro drama que jamás imaginaron los dioses. Porque el conflicto del medio oriente prometió convertirse en el secreto que los faraones llevaron a sus tumbas funerarias como designio de la fatalidad. Por fortuna el juicio humano ha logrado salir con la victoria, siquiera momentáneamente, del trance más difícil que el hado puso delante del hombre, pero lo evidente es que, ya sea en la Mesopotamia, en la India, a las orillas del Ganges o en la cuenca del Rhin, lo cierto es que la presencia del hombre sobre la tierra paga un elevado alquiler a la codicia de las circunstancias aciagas que dividieron el mundo.

Muy costosa ha de resultar la unión de la disoluta familia árabe. El avance del capitalismo como sistema en perspectiva estratégica, volcó en la antigua Mesopotamia enorme caudal de sus recursos para mantener en sus manos la comercialización de la riqueza petrolífera de aquel subsuelo. Merced a esa iniciativa se han creado Estados artificiales regidos por jefes de tribus nativas contaminadas por la avaricia de la cosa fácil. Las luchas internas de acceso al disfrute de los beneficios que tal explotación posibilita, degeneró en el resurgimiento de una confederación de los pueblos árabes y musulmanes bajo las directivas egipcias que, aprovechándose de las circunstancias muy especiales en que políticamente está dividido el globo, aspiran a sacar el mejor partido de la situación.

Pero, antes que un apetitoso bocado económico, el fenómeno del medio oriente tiene un fondo más amplio, que escapa a la mera consideración fenicia. Por muchas ilusiones que Egipto abrigue dar vida a un imperio en ese sector del globo, para lamentable desengaño suyo, jamás Rusia podrá satisfacer plenamente esas ilusiones a no ser que le rindan un tributo muchísimo mayor a programa bélico de avance para la dominación medite-



rránea hasta Ceuta. Y cuanto bajo este aspecto reciba el apoyo de Rusia estará condicionado irremisiblemente a lo que el Kremlin disponga.

El coronel iluminado y sus acólitos, envalentonados por la nacionalización de Suez, consideran llegado el momento de librar batalla para posesionarse de los ricos yacimientos indispensables para el encumbramiento del imperio árabemusulmán. Por medios políticos es indudable que no conseguirán sus propósitos, ya que tendrá que tratar con dos colosos infinitamente superiores en capacidad económica y geográfica que imponen sus condiciones. Explotar el favor de cualquiera de ambos poderosos implica siempre el sometimiento liso y llano al bando que proporcione mejores condiciones. Pero el encuentro de tropas y elementos de guerra en ambas fronteras supone el peligro de quien recibe las bofetadas. Más fácil ha de resultar que los dos poderosos bloques se entiendan y lleguen al convencimiento de que por lógica y otras múltiples razones filosóficas así tendrá que suceder que valerse de sirvientes intermedios como en este caso lo es la República Árabe Unida que implora la beneficencia de los amos ricos. Fomentando alzamientos nacionalistas de raza y religión, ambiciona incorporar por la fuerza a los pequeños Estados vecinos a sus fronteras como el Irak y Jordania, con lo cual las extendería hasta Turquía y Libia, esperanzado con la posterior incorporación de Libia, Túnez, Argelia y Marruecos frente a Europa, Persia y hasta el mundo soviético y el Mar Arábigo en dirección a la India por el lado del Asia. Mas ese ambicioso plan no podrán cumplirlo los integrantes de la República Árabe Unida, porque es de influencia soviética. Servirá de juguete entre los dos grandes bloques occidental y oriental que comparten la política universal. Y los dirigentes del mundo árabe-musulmán se olvidaron muy pronto de la lección de Suez, con el ataque sorpresivo de las flotas francoinglesas que la historia registra como el más sensacional golpe de furca que se aplicó al más sorpresivo valentón. Esa acción que entonces hizo reaccionar violentamente a los norteamericanos, al final vino a darles la razón a sus aliados del Canal de la Mancha, quemados por el desengaño con Hitler, que les costó el ultraje, la humillación y una guerra durante cinco años donde, bajo los escombros de sus ciudades y fábricas arrasadas quedó sepultada su economía y muchos millones de vidas de sus hijos en todos los mares y confines de la tierra.

Tanto los bloques oriental como occidental saben perfectamente que tal cual se ha llegado a un punto de la política, no cabe otra solución que el entendimiento de intereses comunes o una guerra de devastación de toda la humanidad. De igual modo, los generales rusos y occidentales, que aunque militares, se han percatado de que tenían que ir a la escuela, conocen las lecciones de la historia y saben que un ejército inmovilizado, inactivo, es una fuerza nula. La potencialidad de cualquier combatiente se demuestra con el ataque, que ha de ser intermitente. Las experiencias de las guerras que se han desarrollado en todos los flancos del universo en lo que

va de este siglo y que, en rigor, equivale a un estado de ataque permanente, les impelen al avance o la desintegración, la disolución.

El armisticio teórico de 1918 puso en manos de Francia e Inglaterra los destinos de Siria, Egipto y el Sudán. El fin de su intervención en esas zonas del medio oriente culminó con el retiro de sus fuerzas. Y dentro del orden político-económico del régimen capitalista, las aspiraciones de esos sectores de población fueron cumplidas, quedando dueños de sus destinos. Igual ocurrió con la India, Pakistán y Africa del Sur. Como doctrina, los dos aliados europeos en la primera guerra grande cumplieron sus compromisos de desentenderse de los problemas de esos pueblos.

Sin pretender hacer la apología de esos gobiernos que, como todos, deben su existencia al mero afán de predominio con castas y clases, el hecho contrasta con la posición que, bajo este aspecto, adopta el despotismo soviético, al someter a su imperialismo los pueblos balcánicos, asiáticos y bálticos, apretados por potente cinturón de acero que tritura sus cuerpos y sus almas.

La división existente entre los dos bloques occidental y oriental, en este juego de bombas de hidrógeno y cohetes teledirigidos, tienen su explicación. En tanto que las fuerzas chocan en campos alejados de sus centros fabriles que pelagra su economía y existencia física, pueden ofrecer resistencia sin que el colapso fulmine a cualquiera de los contrincantes. Tampoco ignoran que cualquier concesión que se haga al enemigo, por mínima que sea, equivale a una derrota y que la reconquista de la misma posición resultará infinitamente más costosa que su defensa desde la trinchera que le defiende. El comando norteamericano sabe que, frente a un enemigo envalentonado, si no lleva el hierro en la mano terminará por llevarlo a los pies, como bien dijo el poeta peruano. Y si no quiere combatir a la puerta de la casa del vecino, tarde o temprano tendrá que hacerlo desde la puerta de su casa. Por mucho que la lógica repugne a los espíritus altruistas, esa teoría belicosa responde a una razón filosófica, friamente descarnada y que no admite otra solución.

El olvido de los ejemplos históricos desde las dinastías egipcias hasta Gengis Kan, Tamerlán, Atila, Napoleón e Hitler y todos los demás famosos asesinos del mundo, equivale al suicidio irremediable. De ahí se explica la intervención aliada en el medio oriente, considerando que, agotadas posibilidades políticas de encontrar una salida que conduzca a solucionar los problemas del mundo, ha llegado la hora de actuar. Desde luego que se trata simplemente del aspecto político y que existen todavía otras razones que puedan llevarnos al tan esperado entendimiento de la familia universal y así lo tienen por entendido dada la cordura con que actúan, cual si se tratara de un preconcebido y concertado pacto de caballeros. Desde luego, que las multitudes masificadas de todas partes del mundo observan el lance desde alejada platea y sólo ve el espectáculo, pero los dirigentes de la RAU ponen luto frente a ilusiones sepultadas.

CAMPIO CARPIO





# La vida y los libros \*

## « EL BANDIDO »

Por Giuseppe BERTO (1)

Bandido como el que Berto nos describe en Michele Rende la mayor parte de españoles lo hemos sido de verdad—con mucha honra—y llevamos camino de volver a serlo, si es que no lo somos ya. Por lo menos nuestras preocupaciones en lo social son idénticas: «Y tu padre, ¿trabaja las tierras por sí mismo?» Esta es la preocupación mayor del bandido: saber si los padres del que encuentra son trabajadores. De la respuesta que obtenga deducirá si el interrogado pertenece a una familia respetable o no.

En efecto, trabajar, ganar el pan con tu sudor es el único certificado de buena conducta.

«Trabajo las tierras por mí mismo» debería ser máxima escrita en el frontispicio de cada casa. De esa manera se podría distinguir las paredes que encierran ladrones de las que cobijan trabajadores.

Giuseppe Berto ha puesto en su libro savia de «Cuore» y de «Los Miserables», sabiduría proudhoniana y rebeldía extrema. Ha sabido casar tan bien lo humano con lo social, que, en estos tiempos de destierro, luchas y peligros, difícilmente se encontrará un lector que no se reconozca en alguno de los protagonistas del libro.

A un pueblo, rodeado de paisajes muy pintorescos, apacible y modesto, llega un soldado, a quien de momento nadie conoce, que es objeto de viva curiosidad. Le acompaña un perro haciendo perrerías que valen más que muchas hombradas. Desde las primeras páginas el lector se ve obligado a reflexionar debido a su contenido realista y humano, y porque en muchas ocasiones uno lee su propia vida: la llegada al pueblo para ver a los tuyos, después de una ausencia prolongada, durante la cual, el padre o la madre u otro ser querido ha muerto, es un trance en el que ¿quién no se ha encontrado?

«El bandido» es novela y llamamiento revolucionario. Toca aspectos de los que atosigan las conciencias honradas: sobre las acciones que se llevan a cabo responsablemente o por impulso; sobre la opresión; las luchas obreras; la explotación de las tierras; la táctica criminal de la burguesía para desembarazarse de Michele Rende, el bandido, que es el que anima la rebeldía y la ola protestataria.

Por boca de Nino, muchacho de trece años, nos explica por qué mueren los hombres y por qué no deberían morir en la guerra. Nos recuerda la ocupación de fábricas ocurrida en Italia hacia 1920, y la expropiación de tierras de los campesinos andaluces pocos años después. Escrito con realismo tan exacto que te enseña todos los pormenores de la tragedia social de nuestros tiempos, que serán de todos los tiempos, mientras los bandidos como Michele Rende no triunfen.

Rende no le pregunta al muchacho sobre el lugar en que su padre puede tener escondido el dinero, cosa que sería propia de un individuo que quisiera ser rico. Le pregunta si su padre trabaja las tierras por sí mismo. En esas palabras está comprendido el principio que le

rige. Berto explica cómo un soldado vuelve de la guerra odiándola. Los resultados de dicho odio: la vida en la montaña, sus peligros, sus dificultades, sus dilemas de conciencia, su amor. A Michele Rende, que tiene un poco de Zapata y de José María el Tempranillo, al llegar a Grupa se le recibe como queda dicho. Sólo dos personas se distinguen en el recibimiento: el rico Natale Aprici y Nino. Este, espiritualmente, ya no se separa de él. Su actitud es curiosa: imberbe y todo, debe marchar por la noche para cumplir misiones. Es un Gabroche que, en el recorrido de bosques y senderos solitarios del campo, oye o cree oír ladridos de perros, aullidos de lobos, misterios de la montaña..., mas nada le hace retroceder. Su razón de existencia aquel día era una: guardar un secreto y trabajar para ayudar a Michele—¡era tan noble ayudar a un forastero!—; pero más que guardar un secreto, lo que le importaba era cumplir con la promesa de guardarlo, cumplir con la palabra dada. Por cumplirla se expone a toda clase de dificultades. Sus padres fueron los primeros en amonestarle por volver a casa en hora inacostumbrada y no querer explicar los motivos. Era un secreto que había prometido no descubrir, y sus padres no tenían más derecho que los demás.

Surge aquí el drama de la infancia incomprendida: esa incompreensión que produce la superioridad, frecuentemente falsa, de los granados. Ni el niño comprendía por qué su padre estaba tan entregado al trabajo, ni éste que el niño tenga necesidad de pasear, de enterarse de las cosas, de guardárselas para sí, de estar solo, de contemplar, meditar, pensar.

Michele Rende, por la nobleza e ideales, más el riesgo que por ellos corría, ganó totalmente el corazón del pequeño. Natale Aprici, el rico del lugar, insultó al desconocido; tuvieron un altercado y poco después Rende salía del cuartel de carabineros con la cabeza vendada, efecto del interrogatorio. Se había atrevido con el rico, que era persona poderosa, y eso se tenía que pagar. Todas las gentes se le apartaron. Todas menos Nino: «Yo fui el único que me puse a su lado sin saber por qué y aun a pesar de que las piernas me temblaban.»

Días después Aprici muere de un balazo y Rende conducido a la cárcel como presunto autor del hecho. Escapa y sube a la montaña. Desde entonces duerme siempre con el fusil ametrallador entre los brazos. ¿Quién de los que vivimos en 1958 no ha vivido con el arma al brazo?

Se hace amigos, que le traicionan y matan a su compañera. Entonces, sin pararse en mientes, nuestro protagonista va decididamente hacia la muerte, no sin antes vengarse y ajusticiar en primer lugar a los que él considera culpables de la explotación y de la injusticia social reinante; después a los que han matado a su compañera, y finalmente a los carabineros que iban a por él, hasta que se presentó uno solo, Fimiani, que años antes le había facilitado la fuga de la cárcel. A él se entrega y él lo mata.

Michele Rende es un Edmundo Dantés, pero no de salón, sino de montaña; no jugando con dinero, sino



entregado al trabajo; no aristocrático, sino bandido. Y no de un bandidismo de los que conducen a grandes puestos de la política y de los honores, sino bandido como lo pudiste ser tú, quizá, lector amigo; como lo he podido ser yo; como tendremos y tendrán que serlo aún por mucho tiempo; ¿cuánto?, no se sabe. Pero mientras haya entuertos y mercaderes a arrojar del templo: mientras la justicia económica, social y humana no sea una realidad, bandidos como Michele Rende serán necesarios.

«El bandido» es un poco la historia de todos. Lo desgraciado es que siendo de todos, nadie pueda decir ésta es mi historia.

¡Bendito bandido!

### « EL VIEJO Y EL MAR »

Por Ernesto HEMINGWAY

El escritor yanqui Hemingway, premio Nobel, merecido o no, que tan mal juicio emitió sobre España cuando se preguntó «¿por quién doblan las campanas?», ha escrito un pequeño libro en el que logra no meterse en política. Se dedica exclusivamente a reflejar las peripecias de un pescador que, llegado a viejo, el amor propio no le deja volver a la tierra sin llevar nada en el bote, y se introduce mar adentro, a distancias que ni su edad ni su embarcación se lo aconsejaban, hasta que en el anzuelo muere un animal, de tal peso y tamaño, que se debate dos días y una noche antes de dejarse llevar prisionero.

Extenuado y herido, el viejo no puede con el animal, y se ve obligado a conducirlo sin poderlo meter dentro de la barca, y, ¡desdicha del pobre!, a lo largo del trayecto toda la carne ha sido tragada por los tiburones. Cuando llega a tierra ya sólo conducía el esqueleto.

Por más que uno se esfuerce, no llega a encontrar en «El viejo y el mar» indicios aprovechables desde el punto de vista científico, artístico ni social. Es un escrito que lleva el camino del olvido, a pesar del título acordado a su autor, el cual, dicho sea de paso, dista mucho de reunir las condiciones que se encuentran en otros premios Nobel.

Y no es inquina a Hemingway, aunque haya motivos para ello, por lo muy injusto e irrespetuoso que ha sido para la digna España: es una conclusión lógica a que llegan la mayoría de los que, como el autor que nos ocupa, hacen de las letras una artesanía. Los escritores—veamos sus biografías—en su mayoría son esclavos de la inspiración. Todo—reposo, comida, compromisos, visitas, sueño—es supeditado al imperioso deber de obediencia al pensamiento y a su deseo de plasmarlo en escrito.

Hemingway, no: «Yo—ha dicho—escribo una cantidad regular de cuartillas diarias; terminada la ración, me paro.» Igual que un artesano o un destajista.

Nada de inspiración, nada de predisposición casual que erija algo. Por eso su obra será una de las primeras que se olvidarán de entre la élite mundial de los Nobel. Y si no, al tiempo.

En «El viejo y el mar», no obstante, se encuentra al escritor que, aun repitiéndose exageradamente, lo hace con sencillez y realismo trágico, que de empezar la lectura uno está obligado a terminarla, para saber el resultado que obtiene el pobre viejo, obsesionado en pescar algo y luchando con denuedo hasta vencer la resistencia del animal.

Es un libro recomendable para las lecturas de infancia y para la familia de los pescadores, que tan a menudo deben luchar contra la adversidad del ingrato oficio. También para entretenimiento de los ratos de asueto, pues es un libro que, sin perjudicar a nadie, deleita y hace pasar el tiempo y la fatiga.

### « EL SEÑOR PRESIDENTE »

Por Miguel Angel ASTURIAS

¿Es Trujillo, es Franco, es Borgia, o es Nerón? Tales son los interrogantes que se hace uno cuando, después de terminar la lectura de este libro, quiere saber cuál es el tirano que Miguel A. Asturias ha tomado como modelo.

Es una novela «El señor presidente» que más parece una crónica dedicada a explicar la manera de gobernar y de triunfar en política.

Triunfar, decimos, porque, desde luego, el Señor Presidente continúa en el poder, pese a su reino de sangre, elegido y reelegido en sufragio universal y por una aplastante mayoría de votantes.

Además, Asturias, nos lo describe con un lirismo y riqueza de imágenes que causa admiración. Con crudeza a veces macabra, como exige la política de su Presidente, que lo es de muchos, el episodio empieza con la muerte del coronel Parrales:

«Se le fué encima, y, sin darle tiempo a que hiciera uso de sus armas, le enterró los dedos en los ojos, le hizo pedazos la nariz a dentelladas y le golpeó las partes con las rodillas hasta dejarlo inerte.»

Por momentos, parece como si Miguel Angel Asturias fuese escritor ruso agitando las masas por allá por el año 1905, cuando, a fuerza de odiar al zar, los soldados se negaban a disparar contra los huelguistas, cuando el nihilismo rompía los sagrados moldes de la conformidad popular. Ni Víctor Hugo, con ser tan patético en su «Napoleón le Petit», ni ninguno de los que han descrito la política de exterminio del clero jesuita o bolchevique, sobrepasa en realismo a este escritor cuando hace decir a su Presidente:

«El crimen es precioso porque garantiza al gobierno la adhesión del ciudadano.»

He ahí uno de los fundamentos de la política del Señor Presidente argumentada por uno de sus incondicionales, que al final de la obra es él quien debe caer para que la adhesión ciudadana al gobierno continúe.

Con una extraordinaria riqueza de léxico, las trescientas diez páginas de «El Señor Presidente», que podría codearse con «El Dictador» si no fuera la comicidad de este último, están escritas con estilo castizo digno de nuestros clásicos y con un colorido y ardor como sólo un hijo de Hispanoamérica puede hacerlo.

«En los suburbios, donde la ciudad sale allá afuera, como el que por fin llega a su cama, se desplomó en un montón de basura y se quedó dormido. Cubrían el basurero telarañas de árboles secos vestidos de zopilotes, aves negras, que sin quitarle de encima los ojos azuleños, echaron pie a tierra al verle inerte y lo rodearon a saltitos, brinco va y brinco viene, en danza macabra de ave de rapina. Brinco va y brinco viene, fueron cerrando el círculo hasta tenerlo al alcance del pico. Un graznido feroz dió la señal de ataque. El Pelele despertó de pie, defendiéndose ya... Uno de los más atrevidos le había clavado el pico en el labio superior, mientras los otros carniceros le disputaban los ojos y el corazón a picotazos.»

Miguel Angel Asturias ha querido narrar escenas donde la crueldad de los animales es horripilante, para que el lector pueda apreciar que lo son mucho más las escenas donde interviene el hombre, que, sin embargo, se cree ser animal racional y civilizado:

«Dos, tres, cuatro, cinco fuetazos cubrieron en menos de un segundo la cara del prisionero.

«—¡No, no!... A este hijo de puta le tengo que hacer morder el polvo. Lo que ha dicho contra el ejército no se queda así... ¡Bandido de mierda!



«Y ya no con el fute, que se había quebrado, con el cañón de la pistola arrancaba a golpes pelos y carne de la cara y cabeza del prisionero, repitiendo a cada golpe: «... ejército..., institución...»

Y todo este crimen cometido por los esbirros del señor Presidente contra un funcionario sospechoso de no serle fiel.

A la policía la trata como si hubiera conocido a Quintela o como si hubiese vivido junto a Hitler cuando éste estaba encargado del orden público en el Tercer Reich.

«... andarán viendo cómo te haces policía secreto. ¡Oficio de vagos, cómo no les da vergüenza!»

Desde los interrogatorios en los cuartelillos a personas inocentes, que debían declarar inocentes a los verdaderos culpables de crimen, a fin de acusar a los opositores del Señor Presidente, hasta la preparación oficial de la fuga de éstos, para mejor asesinarlos en el camino, y el reclutamiento de delincuentes comunes para servir de policía encargados de vigilar a adversarios y amigos, todo forma parte del sistema político impuesto por el Señor Presidente.

Este, en momentos en que se auscultaba su ambición, no vacilaba en hacerse llamar, además de «Presidente de la República, Benemérito de la Patria, Jefe del Partido Liberal, Protector de la Juventud Estudiosa, soy —se decía— Manzana-Rosa, Ave del Paraíso. Soy... la mentira de todas las cosas reales, la realidad de todas las ficciones.»

Tan sólo le faltaba serlo «por la Gracia de Dios», como lo es el Caudillo de los falangistas.

Como nuestro Caudillo, el señor Presidente pintado por Angel Asturias cuenta su gloria según el número de cadáveres que ha podido provocar: «Yo le diré, Señor Presidente, que por robarse algunos pesos, el Jefe de Sanidad Militar sacrificó ciento cuarenta hombres, y los que seguirán...» A cuya declaración contestó el Presidente: «Yo le diré, don Luis, ¡y eso sí! que por chismes de mediquetes se menoscaba el crédito de mi gobierno en lo más mínimo. ¡Deberían saberlo mis enemigos para no descuidarse, porque a la primera les boto la cabeza!»

Como Franco, matando de su propia mano a un soldado por delito de indisciplina, siendo comandante en Africa, el Señor Presidente manda matar a un viejecito por haber derramado un tintero sobre el pliego en que iba a firmar. Le pegaron tanto, que:

«Entre los labios cerrados le salían los dientes en forma de peineta.»

Hace intervenir diez personajes para vigilar a otro, y

a los otros nueve sin que ninguno supiese el oficio recíproco que cumplían. Es formalmente una lección a lo Rodín de Eugenio Sué. A sus servicios tenía también algunos hoteles, encargados de envenenar impunemente a quien el Presidente ordenara. Otras veces obraba a lo Anido-Arlegui.

Un libro que parece escrito con una zurriaga, de palos que da contra todos los puntales del Estado: Gobierno, Presidente, Policía, abogados, medicina mercenaria, curas, militares, etc.

En lo social, debe uno reflexionar sobre las consecuencias de la doble miseria moral y material en que a veces se debaten los pueblos; sobre la inutilidad de las bellas frases cuando la acción, por improba y minúscula que sea, es más eficaz que todos los libros juntos; sobre la necesidad de que los pueblos se yergan llenos de ira cuando la dignidad está pisoteada por los que, además de riquezas, tienen instrucción, propiedades que deben pertenecer a todos.

La literatura de Angel Asturias no es quizá alegre ni bella, por lo menos en «El Señor Presidente»; pero su riqueza de expresión y de imaginación es inigualable:

De una mujer flaca hace el dibujo siguiente:

«Era un esqueleto de mujer, pero de mujer no tenía sino los senos caídos, flácidos y velludos como ratas colgando sobre la trampa de las costillas.»

«Su cara era como un secante blanco que se ha bebido muchos puntos suspensivos.» «Los perros iban por las calles haciendo en las paredes cataratas del Niágara.» Etcétera.

Inclinado al dolor de las madres víctimas del desfreno gubernamental del Señor Presidente, nos explica lo mucho que sufren éstas cuando sus niños nacen y mueren en la triste celda de una cárcel.

¡Cuántas madres se verán fotografiadas en este libro!

Decididamente, «El Señor Presidente» es para Franco y Trujillo más que para Nerón y Borgia; el libro se termina sin que el Presidente muera, lo que es de suponer que un segundo libro puede venir en el que el verdugo termine. Mas, ¿vete a saber si es que aguarda a que Franco y Trujillo sean enterrados, pues que ambos hombres de la ciencia del crimen, aún pueden dar sorpresas por su múltiple saber criminal.

M. CELMA

(1) Ediciones Kraft, 350 francos.

(2) Idem id., 300 francos.

(3) Editorial Losada, 450 francos.

(Pedidos, a nuestro Servicio de Librería.)





# ALEXANDER HERZEN

**D**E París a Pimlico, de Siberia a Soho, por todos los caminos imaginables, los refugiados políticos del siglo diecinueve convergían en el Londres Victoriano. Bien podía ser el rey de Francia huyendo de sus súbditos o un conspirador italiano huyendo de su rey. En esto no había diferencia. En esos días felices, antes de la creación de la Brigada Especial, los puertos de Inglaterra estaban abiertos a todos los refugiados políticos y en tanto que éstos se mantuvieran al margen de la política inglesa, eran libres para hacer lo que se les antojara.

Algunos distritos de Londres estaban dominados por su población expatriada. El carácter de esta población cambiaba de acuerdo con el clima político del otro lado del canal, pero siempre era numerosa, y hubo veces en que la mayoría de los revolucionarios de Europa podían encontrarse dentro de unos cuantos bloques de casas alrededor de Leicester Square. En una ocasión, en 1855, un grupo de radicales ingleses decidió celebrar un mitin público en conmemoración de la revolución del 1848. Victor Hugo estaba allí para representar a Francia, Mazzini habló por los italianos. Alexander Herzen era el delegado ruso, y Karl Marx fué invitado para representar a los socialistas alemanes. Marx no quiso comparecer, y cuando se le preguntó las razones que tenía para no hacerlo, dijo: «Nunca, ni en parte alguna apareceré en la misma tribuna que Herzen, pues no soy de la opinión de que la Vieja Europa pueda ser rejuvenecida con la sangre rusa».

Esta anécdota, claro está, subraya una de las mayores situaciones cómicas de la historia moderna. Marx era muy alemán en sus prejuicios y siempre consideró a Rusia como a un país bárbaro cuya influencia sobre Europa sería desastrosa. Marx se habría mostrado incrédulo y probablemente irritado, si alguien le hubiera sugerido de que menos de cien años después Rusia iba a enarbolar la bandera marxista en el mundo. Pero la anécdota tiene otro significado, pues subraya la importancia de Herzen en el movimiento revolucionario ruso. Durante las décadas de 1850 y 1860 el nombre de Herzen y la oposición al Tsar eran casi sinónimos. Incluso hasta entrado en los años del presente siglo, la influencia de las ideas de Herzen dentro de Rusia era considerablemente mucho mayor que la de las teorías de Marx. Sólo después de 1905 fué cuando el marxismo empezó a ganar su gran séquito ruso.

Herzen no era solamente un importante radical ruso: era también el autor de una de las obras clásicas menores en la literatura de su país, pues la colección de sus memorias en seis volúmenes, «Mi pasado y pensamientos», es probablemente el más fino de todos los estudios del desarrollo mental de esa rara generación de aristócratas rusos; muchos de ellos sacrificaron posición social y riquezas y soportaron prisión y exilio en aras del idealismo político.

« Mi pasado y pensamientos » comienza con una conmovedora descripción de la niñez de Herzen en una gran

casa rusa. En aquel tiempo existía aún la servidumbre y el señor tenía casi siempre poder supremo sobre las vidas de sus siervos. Verdaderamente, el padre de Herzen era uno de los mejores dueños. En su modo de ver las cosas era un racionalista tipo siglo diecinueve y de él asimiló Alexander un sentido de ironía voltieriana que nunca perdió.

Herzen empezó sus estudios en la Universidad de Moscú al principio de la década 1830. Allí encontró que los jóvenes intelectuales habían abandonado el racionalismo; se encontraban entusiasmados por el movimiento romántico que había barrido Inglaterra un cuarto de siglo antes. El romanticismo literario iba acompañado de un interés por las ideas de los primeros socialistas franceses; y las ideas de Fourier particularmente, eran populares entre ellos. En ese tiempo la literatura radical estaba prohibida en la Rusia zarista y los estudiantes formaban círculos secretos para leer y discutir los libros socialistas. Herzen pertenecía a uno de éstos y a su vez fué detenido y deportado a una parte muy remota de Rusia. Fué en esta ocasión cuando realizó una de las proezas propias de las novelas románticas que él leía con tanto entusiasmo.

Herzen tenía una prima llamada Natalia que vivía en casa de una tía de ellos bastante a disgusto. Alexander se hallaba tan fascinado por la desafortunada posición de Natalia como por el encanto personal de la muchacha, y cuando se enteró de que estaba a punto de casarse con un hombre a quien no amaba, decidió poner en práctica un remedio caballeresco. Obtuvo un pasaporte falso, rompió las condiciones de su destierro e hizo una rápida escapada en trineo a Moscú. Arrebató a Natalia de debajo de las narices de sus guardianes y la llevó consigo al lugar de su destierro.

El resto de la vida personal de Herzen siguió el mismo patrón romántico e impulsivo. Herzen vivió dentro de una serie de apretados triángulos sentimentales. Unas veces era el marido agraviado y otras era el agraviado; pero siempre se las arreglaba para hacerse a sí mismo y a todos sus asociados completamente infelices.

Sin embargo, la peculiar combinación de entusiasmo romántico y escepticismo racional de Herzen encontraban mejor expresión en su actividad política que en sus caprichos eróticos. El punto culminante de su vida llegó en 1847. En enero de ese año metió a su familia y ajuar en un par de coches grandes y cruzó la frontera rusa. Su padre había muerto un año antes y Herzen quedó en posesión de una fortuna que le permitió vivir independiente. Dijo a las autoridades rusas que salía del país sólo por unos cuantos días, pero en realidad, nunca más volvió. El resto de su vida fué un exilio errante y a veces desgraciado, pero éste le trajo la satisfacción de haber realizado algo que nunca habría realizado si se hubiese quedado en casa.

En la primavera de 1848, un año después de haber llegado al oeste, empezaba una ola de revoluciones en Francia, la cual se esparcía a través de media Europa. Herzen dió su ayuda entusiasta a los liberales que se le-



vantaban en rebelión contra los viejos gobiernos autocráticos. Pero mientras el Herzen romántico aplaudía a los revolucionarios, su otro medio irónico ya observaba tristemente la forma en que aquéllos dejaban perderse en una nube de palabras todas sus conquistas. Una tras otra, las repúblicas se volvieron autoritarias y las nuevas constituciones resultaron impracticables, unos tras otros reyes y emperadores, volvieron. Herzen había esperado demasiado de la Europa occidental, y la desilusión que sintió no fué menos amarga porque la escondiera bajo la máscara de comentarios irónicos sobre las extravagancias de sus amigos liberales.

Después de la subida al poder de Napoleón III en Francia en 1849, Herzen fué a Suiza y mientras estuvo allí financió al tercer periódico de Proudhon, «La Voix du Peuple»; Proudhon, con su orgullosa independencia de todos los partidos, era el único hombre del 48 por quien Herzen retenía alguna admiración. Tres años más tarde se fué a Londres. Vivió en Inglaterra durante doce años y en todo ese tiempo estuvo tan inquieto en su exilio, que vivió por lo menos en quince casas. Herzen llegó a Inglaterra en un estado de desesperación completa y consideró que su fructuosa vida había tocado a su fin con el fracaso del 1848. Pero con una ironía que sólo él apreciaba, el retiro a Inglaterra fué de hecho el verdadero principio de su fructífera vida.

Herzen nunca fué capaz de adaptarse a las costumbres inglesas. Le impresionaba la forma en que el inglés victoriano combinaba algunas profundas convenciones sociales con una insistencia en las libertades civiles. También desarrolló pasión considerable por el adobo inglés. Pero su apreciación de la vida británica no pasó mucho más allá de esto. Sus memorias contienen algunos vivos bosquejos del Londres del periodo medio victoriano, pero estos son bosquejos escritos por un extraño que mira hacia dentro por la ventana. De cualquier forma siempre estaban allí sus amigos los refugiados. Entre ellos Herzen encontró su sitio y las mejores páginas de «Mi Pasado y Pensamientos» son aquellas que describen a los revolucionarios que encontraron un paraíso temporal en Londres. El gran guerrillero Garibaldi, el gran conspirador Mazzini, el aristócrata húngaro Kossuth, Karl Marx y su formidable rival anarquista, Miguel Bakunin; todos están allí, pintados en agudos e incisivos cuadros.

Pero el exilio de Herzen en Londres no solamente le dió material para sus memorias; también le dió un fin para su existencia. Tanto por aburrimiento como por otras razones, Herzen empezó a escribir algún que otro folleto criticando los asuntos rusos. Unas cuantas copias de ellos fueron introducidas clandestinamente en Rusia. Estas causaron una sensación espontánea, no por lo que decía Herzen, sino porque la idea de una publicación atacando directamente al gobierno era algo nuevo. Hasta entonces los elementos descontentos se habían limitado meramente a entregarse a discusiones verbales de tópicos prohibidos. Herzen decidió seguir sus éxitos publicando una revista rusa regularmente. En 1857 comenzó una revista mensual llamada «La Campana» (Kolo-kol), la cual publicaba en colaboración con el poeta Ogarev. En «La Campana» Herzen concentró sus ataques sobre lo que él consideraba los peores aspectos del régimen zarista: la institución de la servidumbre, la censura de prensa y las salvajes leyes penales. Herzen creía que lo más importante era hacer desaparecer estas chocantes injusticias y entonces el terreno estaba preparado para fines mayores.

«La Campana» fué inesperadamente efectiva. Los rusos antes de esto no habían leído nunca una revista independiente que siguiera una línea consistente de crítica constructiva de la autocracia zarista. Se leía en el ejército, en las universidades, incluso en la Corte; cerca de cuatro mil copias de cada tirada eran introducidas

clandestinamente en Rusia, y algunas veces incluso el Zar Alejandro II dejaba perplejo a sus ministros citando al prohibido señor Herzen. Mes tras mes durante diez años Herzen y Ogarev sacaron su periódico, y fué de este aislado esfuerzo salido de estos dos hasta entonces desconocidos exilados que surgió la organizada oposición al zarismo que tuvo lugar al final del siglo diecinueve.

En este sentido Herzen podría ser considerado, si no como el padre, al menos como el abuelo de la revolución rusa. Probablemente no hubiera querido reconocer a su descendencia, pues sus básicos ideales políticos eran completamente diferentes de los de los comunistas que llegaron al poder en la revolución de octubre de 1917. Si Herzen no era anarquista en términos estrictos, de seguro era un libertario. El deseó una administración federada, revistiendo con la responsabilidad máxima a las unidades locales. También creía que el campesinado era la clase básica en la sociedad rusa y que toda organización debía ser construida sobre la población rural. Se llamaba a sí mismo socialista, pero prefería derivar su socialismo del sistema de propiedad común del «mir» y «artel» rusos. Sus ideas están en agudo contraste con el énfasis comunista sobre la centralizada administración autoritaria y sobre el industrialismo como llave del socialismo.

El hecho de que los comunistas no hayan sido capaces de solucionar el problema agrario ruso después de un periodo de más de treinta años por los métodos de coerción y subordinación del campesinado, parece dar la razón a los puntos de vista de Herzen.

Pero la importancia de Herzen para el mundo contemporáneo va más allá de su significación local como predecesor revolucionario ruso. Mientras sus influentes contemporáneos, como Proudhon, Bakunin y Marx adquieren importancia porque representan corrientes de ideas, Herzen nos fascina porque anticipa un principio y dilema modernos.

Pues en él emergen esas actitudes ambiguas de amor y odio, de desconfianza y aceptación que caracteriza la actitud intelectual contemporánea hacia la actividad política. Herzen reaccionó ante la desilusión de 1848 exactamente en el mismo sentido que nuestros modernos escritores radicales, como Gide, Silone y Orwell, han reaccionado contra los procesos-purgas de Moscú, ante la guerra civil española y contra todas las otras traiciones y derrotas que han minado nuestra confianza en el idealismo político del pasado. En «Mi Pasado y Pensamientos», existe justamente esa desconfianza del método político, esa interpretación de la cualidad corruptora de la actividad política, la cual es tema de tantas novelas contemporáneas. Al igual que Silone y Orwell, Herzen no permitió que su sentimiento irónico de inutilidad se impusiera a su acción, pues él reconocía de que se debía hacer algo por el mundo. Pero Herzen permaneció siempre en la duda de si lo que había hecho fuera útil o prudente. Es precisamente por este inquieto estado de ánimo, en este temor que en el fondo de todas nuestras acciones exista algún defecto fatal humano que no hemos sido capaces de definir o dominar, por lo que Herzen es, no nuestro predecesor espiritual, sino algo mucho más cercano, nuestro hermano mayor espiritual.

Sin embargo, las esperanzas mayores muchas veces salen de esos abismos de aparente futilidad. «La Campana» y su inspiración de resistir a la autocracia zarista, salieron tanto de sus dudas como de sus certidumbres, y existe una esperanza estoica que vale la pena recordar en estas palabras que escribió Herzen en su profunda desesperación después de 1848. «Nosotros no proclamamos una verdad nueva; nosotros abolimos una mentira. El hombre contemporáneo sólo puede construir el puente; otro, el hombre del futuro aún desconocido, lo cruzará».

GEORGE WOODCOCK



# Breve Historia de la Anarquía

Ediciones «CENIT»

trial de América habría podido ser, si se hubiese pensado en la dicha general, —triste contraste con las ciudades de fábricas gigantes y de zaguizamis para obreros agotados que la región presenta hoy, casi un siglo después del sueño de Etzler.

No hubo anarquistas americanos antes de Josiah Warren (1827), pero se comprende que en las condiciones de entonces, el anarquismo iba a adquirir una forma individualista en América.

De esta revista rápida de las grandes esferas de la civilización de hace un siglo y un poco más, me parece resultar que el anarquismo tenía la más grande probabilidad de ser expresado en forma concreta en Inglaterra. La mentalidad francesa, antes de que Proudhon a partir de 1840 desbrozara algunos cráneos, fué mantenida bajo la presión autoritaria de la revolución y del imperio. Hasta los sueños utópicos asumen una forma estrecha, estatal y burguesa. El economista burgués, J. B. Say fué el autor de *Olbie*. J. de Sales de *Ma République*. Una utopía con buenas intenciones sociales, *La Philosophie du Ravarebohni* (es decir — esto es un anagrama — de la verdadera dicha) por dos autores que quedaron anónimos entonces (Yaunez y Sponville), 1808 (reimpresa en 1881) elabora un cesarismo completo, o se transforma a Napoleón en reformador social y hasta en socialista, lo que no impidió que el libro fuese suprimido por la censura y casi totalmente destruido. Otro utopista de esa época imperialista, un aristócrata agricultor, criador sobre todo de los merinos entonces introducidos en Francia, concluyó ideas de una reforma de los hombres lo mismo que se mejoran las razas animales domesticadas, pero limitó su libro, *Le Rêve singulier ou la Nation comme il n'y en a point* (Paris, 1808, VIII, 544 págs.) a 25 ó 50 ejemplares de tiraje, según los bibliógrafos, y no apareció más que ese primer volumen; el azar me hizo encontrar hermosos ejemplares de esos dos libros rarísimos. Fourier también se dirigió primero al gobierno (*Lettre de Fourier au Grand Juge*, 4 nívoso en el XII; publicada en 1874 solamente) y no hubiera deseado nada mejor que atraer la atención de Napoleón. La *Icarie* de Cabet (impresa en 1838, publicada en enero de 1840) es un reflejo involuntario, pero al cual el autor, como autoritario, no podía escapar, de la Francia centralizada, ultraautoritaria del primer imperio.

En general, los dos grandes socialistas franceses de esa época — Saint Simon, que publicó después de 1802, Fourier, que publicó después de 1848 sus ideas nuevas — así como Robert Owen (desde 1812) — reflejan, lo mismo que todos los demás fundadores de escuelas socialistas lo han hecho y no podían menos de hacerlo — en sus sistemas, ante todo su propia vida, sus simpatías y antipatías en su expansión consecuente y lejana. Saint Simon daba curso libre a sus concepciones vastas del desenvolvimiento industrial, de la paz y del trabajo bajo la dirección de los pensadores más sabios e inteligentes que establecerían una dictadura espiritual sobre el pueblo. Fourier, que había conocido tan bien los detalles del comercio,



ropa desgarrada, se desarrollaba libremente, disfrutando de la democracia perfecta y de la riqueza creciente — los Estados Unidos de América del Norte.

Sin embargo, en las decenas de años que siguieron a la conquista de la independencia, hubo muchas ilusiones perdidas y luchas ásperas, centralizadoras y federalistas, y también acomodados y empobrecidos. Quedaron todavía hombres honestos como Thomas Jefferson, que escribió en ocasión de una de esas revueltas locales :

" ¡Que Dios impida que permanezcamos jamás veinte años sin una rebelión semejante! ¿Qué país puede conservar sus libertades, si sus jefes no son advertidos de tanto en tanto que el pueblo conserva su espíritu de resistencia? ¿Que tomen las armas, ¿Qué importa la pérdida de algunas vidas? El árbol de la libertad debe ser refrescado de tanto en tanto por la sangre de los patriotas y de los tiranos : ése es su abono natural ».

En esa época en las ciudades del este se desarrollaban ideas sociales y organizaciones obreras, pero los espíritus más independientes, aventureros y robustos tenían siempre el recurso de dejar las ciudades y de ir hacia el gran oeste aún despoblado (es decir, arrancado gradualmente a los indios por los medios menos escrupulosos) ; allí se tenían a disposición riquezas naturales con el solo trabajo de tomarlas, existía un mínimo de interferencia gubernamental y un máximo de autonomía local ; se establecía uno allí por familias, grupos o comunidades, absorbido por el trabajo de desmontar el nuevo país y lejos de las luchas políticas y sociales de los distritos congestionados del este, del esclavismo del sur y de la Europa que continuaba desgarrándose. Se practicaba, pues la libertad, sin profundizarla de otro modo, lo que permitió al capitalismo y al Estado volverla a suprimir poco a poco en el siglo siguiente.

Hubo un pequeño número de utopistas allí. En 1802 fué publicado en Philadelphia *Equality a History of Lithconia* (país imaginario), por el irlandés O'Drescol, que redactaba el *Templo de la Razon*, periódico deista. En 1837 Lithconia fué reimpressa y he leído en otro tiempo los largos extractos dados por el *New Moral World*, la revista principal de los owenistas en Inglaterra, pero no podía decir ahora si esa utopia es de las menos autoritarias, como me había hecho presumir una nota del *Twentieth Century* de New York, 21 de octubre de 1889. — Conozco mejor otro libro de los mas utópicos, aunque sin el cuadro exterior de una utopia : es *Paradise within the reach of All*, por J. A. Etzler (Pittsburg, de 1830-40) : es un ditirambó sobre la felicidad que las máquinas, descentralizadas y accesibles a todos en la forma mas individualizada, aplicadas al suelo no desmontable y al subsuelo rico e intacto aun del nuevo continente, difundirían en profusión sobre todos, produciendo una riqueza de la cual surgiría por si el comunismo. Tal es al menos mi impresión de ese libro notable que muestra lo que la región indus-



primeros está en gran desproporción con el número de los últimos. Toda la ocupación de los pobres consiste en servir la ociosidad, las locuras y al lujo de los ricos, y la ocupación de los ricos, al contrario, es la de hallar los mejores métodos para confiscar la esclavitud y hacer aumentar las cargas que pesan sobre los pobres. En un estado natural la ley invariable es la que hace que lo que el hombre adquiere esté en proporción con su trabajo. En un estado de sociedad artificial una ley igualmente constante e invariable es que los que más trabajan gozan de la más pequeña cantidad de cosas y que los que no trabajan en absoluto tienen el mayor número de disfrutes ».

« Las diferentes especies de gobierno rivalizan entre sí en cuanto a la absurdidad de sus constituciones y de las opresiones que hacen soportar a sus súbditos. Suponedlos bajo no importa qué forma, en realidad no son más que despotismo... Porque los gobiernos libres... han cometido actos de tiranía más flagrantes que los gobiernos más despóticos que se conocen. » ... En una palabra, este autor había comprendido perfectamente el vicio inherente a todo gobierno, cualquiera que fuese la forma.

Sin embargo, esta crítica incisiva fué rara, y se aplicaba más bien a querer reformar, mejorar lo que existía; no hubo ninguna síntesis de las ideas antiestatistas y sociales antes del libro de Godwin en 1793. La formación de las repúblicas americana y francesa hicieron creer a hombres como Tomás Paine y muchos otros, en la potencia creadora de la democracia, hombres justos y bien intencionados. Bien pronto las persecuciones crueles contra los simpatizantes más activos de la revolución francesa, esa larga serie de procesos y con frecuencia de penas terribles, desde el proceso de la « Sociedad de correspondencia », en que todos fueron absueltos, al martirio de Arthur Thistlewood y de sus camaradas casi treinta años más tarde (1820), en que se ahorcó y cortó la cabeza a los suplicados, absteniéndose apenas de descuartizarlos, estas persecuciones imponían una solidaridad moral e intelectual con la revolución, aunque fuese autoritaria, e impedían la crítica a esa democracia estatal — porque la peor de las dictaduras, Robespierre o Bonaparte, parecía preferible aún a los que estuvieron lejos de ellas, al régimen cínico de la aristocracia oligárquica de los Pitt y de los Castlereagh. Resultó que el efecto del gran libro anarquista de Godwin, que se rebelaba contra todas las tiranías, la de Inglaterra como la de Francia, no fué tan grande como hubiese podido ser, — puesto que los elementos militantes fueron desviados y extraviados en gran parte por el triunfo aparente de la democracia autoritaria en Francia (un fenómeno idéntico a la fascinación de elementos semejantes por el bolchevismo ruso — lejos de ellos — en nuestros días, — hipnosis que felizmente parece ir en decrecimiento).

Observemos aún otro mundo de esa época que, lejos de la Eu

## PROLOGO

**M**AX NETTLAU (Neuwaldegg — Austria — 30 de abril de 1865; Amsterdam — Holanda — 23 de julio de 1944) es conocido por los lectores de la prensa anarquista hispana euro - americana. Historiador del libertarismo, « Herodoto de la Anarquía » al decir de Vicente Orobón Fernández, ha dejado para la posteridad un valioso monumento bibliográfico que, por sí solo, da extraordinaria vitalidad al ideal reclusiano.

Justo es destacar aquí la sentida biografía de Rudolf Rocker publicada en México (1950) y rotulada « Max Nettlau - El Herodoto de la Anarquía » que contiene 315 páginas de valioso texto. No debe faltar en ninguna biblioteca, como homenaje merecido al Hombre y a su Obra...

Fenecido Max Nettlau, la prensa anarquista mundial aparece con pobre colaboración histórica. Nettlau es irremplazable. No obstante eso, se transcribe poco de él, sepultándolo así en el olvido. El humanitarista libertario Eugen Relgis publicó en 1950 (Ed. « Humanidad »), la respuesta de Nettlau a su « Encuesta Mundial por la Paz » en un pequeño folleto bien presentado. Y la « Guilda de los Amigos del Libro » editó en Francia una compilación de sus trabajos, con el título « Socialismo Autoritario y Socialismo Libertario ». Eso ha sido todo, exceptuando algún breve artículo...

La Editorial bonaerense TUPAC (AMERICALEE) que publica grandes volúmenes de cuando en cuando, no ha editado nada de Nettlau, teniendo como tiene a mano toda la documentación del gran historiador del anarquismo en los suplementos semanales y quincenales de LA PROTESTA de Buenos Aires que, recopilados, podrían formar dos o tres volúmenes de fecundo contenido histórico. Se han editado allí, no obstante, obras de escaso valor anarquista al lado de buenos libros de nuestros precursores. En Argentina ha tenido la primacía Rocker en el sentido histórico, aunque el mismo reconoce que Nettlau es el cénit de la historiografía anarquista. Las traducciones de Rocker al castellano han sido vertidas por amistad o simpatía y no con objetividad histórica. Tal es el caso de su libro PIONEERS OF AMERICAN FREEDOM que se ha rotulado equivocadamente « El pensamiento liberal en los Estados



Unidos ». Sin estar compenetrado el traductor con el anarquismo científico americano y no simpatizando con él, la obra aparece « socializada ». Este pequeño o gran error no es defecto de Netlau, anarquista sin denominativos o sin «adjetivos». Respeto las libres y multiformes tendencias del arco - iris anarquista, sin adaptarlas a su idiosincrasia, lo cual sería deformarlas.

Desaparecido Netlau, se han escrito algunas « historias » *derrière* *Portulan*, de París, se dejó en el tintero más de dos mil años de historia libertaria, sin contar el anarquismo autóctono norteamericano, que es anterior al anarquismo moderno europeo. Dado el toque de alerta por el veterano anarquista E. Armand, que defendió la tesis de Netlau, contestaron los autores que «hablar de un anarquismo de la antigüedad equivale a hablar sobre un fascismo de Calicles» (sic). Se entabó una pequeña polémica y las cosas quedaron como estaban. Nuestros novelos autores desconocían a Netlau, lo que, en historia del anarquismo, significa un error de peso.

Louis Louvet, en su inconcusa «Historia Mundial del Anarquismo» sigue la proyección histórica de Netlau, lo cual es digno de elogio. Empero hace falta un librito histórico, una especie de compendio histórico del anarquismo, abarcando todo el cosmorama libertario.

Acudimos para lograr nuestro proyecto a Netlau, buscamos la documentación a mano y hemos escogido su estudio *DIE ANARCHISTISCHE IDEE IN DER VERGANGENHEIT UND ZUKUNFT*. Fue publicado espaciado en las siguientes revistas: «L'Idée Anarchiste» de París, «Freie Arbeiter Stimme» de Berlín, suplemento semanal de «La Protesta» de Buenos Aires y «La Revista Blanca» de Barcelona. Actualmente es de difícil procuración y de no menos difícil lectura, por estar agotado, fragmentado o disperso. Dice sobre el Federico Montseny: «... el volumen sobre *La Idea Anarquista: su pasado, su porvenir*» (prólogo al libro de la «Güita de los Amigos del Libro»). Es pues, lo mejor que hay en castellano y, lo mejor que Netlau ha escrito, en forma breve, sobre la historia del anarquismo. Lo rotulo, de acuerdo con el pensamiento de Netlau *BREVE HISTORIA DE LA ANARQUÍA*.

Junto con el librito de Han Ryner *LA GRECIA LIBERTARIA*, documentará ampliamente, y en forma compendiada, sobre el libertarismo en el mundo. No he querido anotar esta obra, porque las notas de que se dispone, habrían formado un anexo tan grande como el mismo volumen. Que la Voz de Netlau hable por sí sola.

Aportando así, nuestro modesto acervo, para la difusión y la vulgarización histórica del ideal que Eliseo Reclus calificara como «la más alta expresión del orden», encendemos esta nueva Antorcha orientadora para iluminar el camino que conduce a la Redención Humana.

VLADIMIR MUÑOZ

sueno y las ideas libertarias no hallaron en ellos entonces ningún florecimiento tangible.

Otro mundo aún fué el de la Gran Bretaña y su gran esfera, y ese mundo permanecía fuera de las garras de Napoleón. En él las perfecciones mecánicas de la industria, las invenciones de Hargreaves, Watt, Arkwright y otros muchos habían creado una superioridad en la producción industrial intensificada por la guerra de veinte años contra Francia hasta convertirse en un monopolio industrial y comercial. También se desarrollaron poderosamente desde el advenimiento de la burguesía en 1688 hasta la derrota definitiva de la monarquía de los Stuart, la crítica y el radicalismo en filosofía y en política. En tanto que en el continente se admiró y se preconizó frente al absolutismo el sistema representativo, inglés, en Inglaterra misma se vivió ese parlamentarismo en la obra y la crítica avanzada puso al desnudo sus vicios y sus abusos. Se escribieron pocas utopías sociales en Inglaterra en el siglo XVIII — las *Memorias de Gaudenzio di Lucca*, 1737, por el sacerdote católico Simon Berington son una de ellas — pero se hicieron proposiciones económicas muy serias, como las de John Bellers (1683), Robert Wallace (1761), William Ogilvie, y más tarde, Thomas Spence (1750-1814), el primer socialista que hizo realmente una vasta propaganda popular. La idea de comunidades sobre una base de justicia en el trabajo (John Bellers llama a la suya: colegio industrial; Robert Owen, viendo en él un precursor, hizo imprimir el libro olvidado de Bellers) y la de reformas agrarias que llegaban hasta la nacionalización del suelo, son características de esa evolución del pensamiento social. Se desarrolló un radicalismo político conceniente a la libertad personal y un materialismo filosófico muy consecuente (Price, Priestley, etc.) y las antiguas tradiciones anteriores al feudalismo y las de la resistencia contra la realza del periodo del siglo de Cromwell, el espectáculo de la lucha americana por la independencia y los primeros años de la revolución francesa que destruían el antiguo régimen: todo eso creó en muchos hombres del pueblo, en los artesanos de las ciudades sobre todo, y en los espíritus independientes de todo el país y de Escocia una mentalidad de resistencia antiespectral, preocupaciones por la autonomía local y por la libertad personal, cosmopolitismo y librepensamiento o al menos pensamiento religioso independiente de las religiones convencionales.

Hasta un hombre de carácter muy versátil, o mejor dicho sin carácter, como el irlandés Edmund Burke, ha escrito al principio de su carrera en su famosa *Reivindicación de la Sociedad Natural* (1756) — librito que se reimprime aún hoy mismo y que ha llevado en todos los tiempos a sus lectores a profundizar las cuestiones planteadas en él:

... « La división de la sociedad más evidente es aquella entre ricos y pobres, y no es menos evidente que el número de los



# Breve Historia de la Anarquía

I

**S**I de todos los acontecimientos agitados que suceden en el mundo social de todos los países desde 1917 se deduce una enseñanza, sería ésta: *que toda realización del socialismo sin la libertad es imposible*. Porque para ser viable, todo organismo tiene necesidad de un medio que le permita respirar, desarrollarse, florecer y esa esfera circundante donde por decirlo así tiene los codos libres, es la libertad; sin ella hay inmovilidad y muerte, puesto que lo que no puede desarrollarse más se descompone.

Toda clase social, por poderosa que haya sido o sea económicamente mediante su acaparamiento de riquezas sociales, ha comprendido perfectamente eso. Así los usurpadores feudales de la tierra, los amos de los siervos, estaban ellos mismos en lucha constante contra los reyes y el Estado centralizador, para mantener, si no extender, su propia autonomía, su independencia local y la libertad personal. Lo mismo la burguesía naciente, los ciudadanos de las ciudades libres de la edad media, que subyugaban a sus obreros y explotaban los monopolios del comercio, defendían fuertemente sus libertades comunales, su vida social propia, contra el Estado, que crecía también, y contra los usurpadores feudales de los campos. Y la burguesía adolescente y adulta, desde el siglo XVI hasta nuestros días, a través de las luchas grandiosas de emancipación en Holanda, en Inglaterra, América, Francia y en el siglo XIX absolutamente en todos los países, al crear ese sistema refinado de explotación obrera, ha sabido procurarse para sí un medio de libertad que es exactamente lo que le es preciso para todos sus intereses. Sería, pues, antinatural, que sólo la clase obrera quisiera y pudiera vivir sin libertad.

Si, — adulterando el tenor de estos hechos, — se dice a los obreros que todas esas otras clases ejercían y ejercen una dictadura, se les engaña, porque nunca se ha ejercido una dictadura sobre la burguesía, como el socialismo autoritario dueño de Rusia ejerce una *sobre* los obreros, a los cuales se quiere persuadir, por irrisión, que son ellos los que la ejercen. Pero ese episodio, esa enfermedad infantil, pasará y se volverá a la libertad.

y los socialistas hubieran sido sacrificados. Lo que sobrevivió de hombres honestos fué desde entonces reducido a la vida subterránea de las sociedades secretas y los complots sin éxito. Más tarde, después de la caída de Napoleón, esos hombres entraron en reacción con la juventud de las escuelas y con las nuevas generaciones en general, que ante todo detestaban a los Borbones restauradores en 1814; ésa fué la época del carbonarismo y de las conspiraciones generosas, del martirio del general Berton, de los sargentos de La Rochela y de muchos otros. Pero cuando al fin esos esfuerzos triunfaron por la feliz insurrección de junio de 1830, no fué la república la que sucedió a los Borbones expulsados, sino el régimen burgués por excelencia, la monarquía de los Orleans, de Luis Felipe (1830 hasta febrero de 1848).

Durante todos esos años el pueblo quedó impotente, simple carne de cañón consumida por las guerras sin fin del imperio, mientras los campesinos disfrutaban del fin del antiguo régimen, aceptando el imperio como una protección contra una reacción complotista y cruel, y todos los demás hicieron lo mismo, a excepción de algunos intelectuales muy moderados y por lo demás alejados de la vida real, los llamados « ideólogos »; todo el mundo en Francia se contentó con vivir en el país de los fuertes al cual los ejércitos siempre victoriosos y la mano de hierro del emperador daban el continente entero por campo de acción, de beneficio y de placer. No es por tanto en tales condiciones como podían formarse las ideas libertarias.

Pero aún había otros mundos suyos en la Europa de Napoleón I. Existía una inmensa Rusia que no pensaba en doblegarse ante Napoleón y que maduraba su ruina y que en efecto se convirtió, lentamente, pero con seguridad, en el agente principal de ella. Existían además los países conquistados o reducidos a la impotencia. El porvenir se dibujaba triste para ellos, su mirada se dirigía, pues, hacia el pasado y se creó la primera forma, completamente idealista, del *nacionalismo*, — tanto en Alemania como en Italia y en otras partes; el período que se llama romántico de la filosofía, de la literatura y del arte, de las concepciones políticas y económicas (necesariamente retrogradadas, pues) fué su resultado y su expresión muy material, fué el deseo de formar Estados nacionales unidos, unidades económicas y políticas. La independencia nacional, el cosmopolitismo del siglo XVIII, fueron entonces radicalmente destruidos. Esa ruptura de la solidaridad humana, que habían preparado los grandes descubrimientos de la ciencia y el progreso económico, continuó desde esa época; el siglo XIX tuvo todavía el buen sentido de resistir al mal sin llegar a vencerlo — el siglo XX ha comenzado por la catástrofe mundial y no tiene aún idea alguna de cómo terminará.

Para todos esos países también, la libertad no fué más que un



Ha sido preciso, sin embargo, mucho tiempo y esfuerzo para hacer reconocer ese rol bienhechor de la libertad y era necesario y lo es aún el desembarazo de la libertad de sus desviaciones y defigüraciones. En los tiempos primitivos había colectividades que practicaban la ayuda mutua que nos viene de la animalidad, pero el sentimiento del más fuerte, que no tenía necesidad de la colectividad y prefería elevarse por encima de sus semejantes, lo mismo que el sentimiento del libertario primitivo para quien la sociedad se convirtió en un obstáculo, han quebrantado ese sistema y han producido para esas personas una libertad malsana que las palabras tiranía, arbitrariedad, egoísmo, describirían mucho mejor. Los individuos primitivos que por una de esas razones se separaban de la colectividad de la ayuda mutua, si eran bastante fuertes para sobrevivir a esa separación del medio general y para imponerse, eran naturalmente enemigos de esa colectividad a quien acababan de traicionar, y de esa manera hubo esa ruptura entre el sentimiento colectivista de las masas y el sentimiento de una vida al margen de esa colectividad, ruptura que dura aún. El que mas a su vez estrechaba sus filas, permanecía unida en su subyugación cruel y permanece aún, desconociendo de la libertad que no ha conocido jamás y que no ve practicada más que por sus explotadores y sus amos en su propio interés exclusivo y a sus expensas.

Esta desconfianza ha impedido siempre que se establezca entre solidaridad y libertad ese contacto íntimo, inseparable e infinita-guia. Un gran número de seres humanos no desearían nada mejor que practicarla, y se practica, en efecto, en toda familia bien unida y en diverso grado en las mil asociaciones de elementos aptos para cooperar que la vida real produce en todas partes, es decir, en el medio de libertad que a despecho de todo Estado, es hombre que no es torpe, sabe sin embargo, crearse; pero casi todos esos hombres creen al mismo tiempo que la mayoría de los demás no están a su altura moral y abusarían de su libertad. Se sabe sobre todo por experiencia, que lo que tiene relación con la cosa pública, con los asuntos comunes cae habitualmente en manos de los ambiciosos y de los interesados, y lejos de extender su esfera, los hombres honestos tienden a quedar en la vida privada, su pequeño isleto de libertad, familia, amigos y pequeñas agrupaciones.

Remontando a los tiempos más lejanos, el progreso se ha hecho ciertamente por obra de los mejor dispuestos, favorecidos por gencia. Pero al poseer una fuerza o una inteligencia superiores, o bien se volvieron dominadores y explotadores por su fuerza brutal o han abusado de su inteligencia para crear una explotación

la humanización o de la libertad que había producido o perfeccionado ese generoso siglo XVIII, han sido reducidas a la impotencia por esa catástrofe semejante a la de nuestro tiempo que hizo renar soberanas la fuerza y la autoridad. Los gérmenes de la anarquía, sembrados en el siglo XVIII se han perdido, pues, en esa tormenta, pero la idea ha sobrevivido sin embargo y, se puede decir, ha crecido también con la grandeza de los obstáculos.

# II

Pienso que se puede asegurar sin ser injusto que todo lo que por decirlo así despertó la revolución francesa en sentimientos e ideas libres, fué pronto sacrificado ante el altar del Estado, de la república que se creía el polo opuesto de la monarquía podrida, de una diosa pura y virtuosa, la fuente del bienestar de todos. En cuanto a los movimientos del pueblo, los nuevos burgueses oltateaban muy bien su carácter inevitable de reivindicaciones y de continuaciones sociales, destructor del antiguo régimen y del burguesismo naciente: fueron aplastados, desviados, dominados y el pueblo fué llevado a la esperanza de que la república, la comuna, es decir, los diputados, los comités, los comisarios obrarían por él. P. Kropotkin, cuya mirada fué agudizada por la observación de la revolución rusa que se acercaba, ha examinado con más atención que nadie los instintos, la voluntad y la acción de los campesinos franceses y de los obreros de las ciudades, pero creo que hasta su relato — la revolución tal como fué reconstruida por él de acuerdo a esos estudios — deja la impresión que el pueblo fué muy a menudo utilizado, engañado y hecho víctima por los jefes políticos y económicos de los nuevos burgueses, los cuales, para la represión del « enemigo del interior » (que para ellos era tanto la reacción realista como las aspiraciones del pueblo, contra los ejércitos blancos invasores, pero bien pronto también por una expansión nacional, aprovechable económicamente, se abrieron a todo precio a la autoridad, sufrieron y sostuvieron los comités dictadores, luego la dictadura militar que encontró una encarnación tan perfectamente sinestra en Bonaparte. Este tuvo por una quincena de años casi todo el continente europeo a sus pies, una presa del militarismo triunfante y de las codicias y de los sueños burgueses de un paraíso para los ricos y los poderosos.

Los últimos « montagnards » se sacrificaban en Pradial en el año III (1795), en Roma y en otros lugares; — los últimos conspiraban con Babeuf, formando el ala política de su organización, y si hubiesen triunfado, habrían reiniciado la dictadura y Babeuf



ratura combativa de actualidad en esos siglos, en especial de una manera verdaderamente memorable por el joven Etienne de la Boetie en su *De la servitude volontaire ou le Contr'un* (1546), ese famoso panfleto publicado más tarde por Montaigne, cuyo sólo título da lugar a reflexionar seriamente sobre la base de los males que sufrimos aún, esa *sumisión* a pesar de todas las consideraciones económicas, en gran parte *voluntaria*, ese yugo que el pueblo, si estuviere penetrado de esa idea, podría sacudir y romper con un solo impulso espontáneo. Otros panfletos de los siglos XVI, XVII y XVIII ocultan probablemente verdades semejantes, pero no han sido sacados aún de su olvido por las investigaciones; una obra de un beneditino, Dom Deschamps, siglo XVIII, ha quedado en manuscrito hasta 1865. Pero Diderot, por el *Supplément au voyage de Bougainville*, los *Eleuthéromanes*, etc., es bien conocido como uno de los pensadores más libertarios de su época. La revolución inglesa del siglo XVII, la literatura alemana del XVIII, etc., han producido igualmente autores, actores y propagandistas libertarios.

El fin de esa época que precede a la edad industrial moderna, ha producido un anarquista francés bastante curioso, Sylvain Maréchal, el pastor Sylvain, autor de *L'Age d'or* (1782), del *Libre échappé au déluge* (1784), etc., el creador de un *anarquismo pastoral* que por una parte recuerda a Wateau y sus pastores, pero por otra deja oír rugir ya la revolución francesa. Fué también, como se diría, la quinta esencia de ese siglo ilustrado que combió el ateísmo y el materialismo más completo, el autor de los *Fragments d'un poème moral sur Dieu*, aparecido en «Atheopolis, l'an premier du règne de la Raison» (París, 1781), del *Dictionnaire des Athées*, etc.

Pero todos estos esfuerzos y tanteos dispersos eran aún una minoría débil frente a la organización, a la propaganda y al espíritu arraigado de los autoritarios y la gran revolución francesa que se hizo bajo el signo de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, olvidó pronto la libertad y encaminó hacia la dictadura; se hizo bolchevista hasta la punta de las uñas y la dictadura de los comités fué seguida pronto de la de uno solo, Bonaparte, que no tuvo más que empuñarla mediante un golpe brutal de fuerza. Dió definitivamente el sello autoritario a la gran época que data del bolchevismo francés de la revolución y que repercute en el bolchevismo ruso de nuestros días y en el reemplazo progresivo del parlamentarismo, tan autoritario por sí mismo, por la dictadura, más bien más que menos fascista, en un número creciente de países. La revolución francesa creía poder realizar la justicia social más pronto por la autoridad que por la libertad — no la realizó en absoluto de esa manera, y nosotros sufrimos hoy más que nunca, ciento treinta años más tarde. Porque todas las ideas del libre pensamiento, del cosmopolitismo, de la justicia social, de

fácil de las masas, hacéndose sacerdotes que eternizan las supersticiones tradicionales en lugar de desengañar a los ignorantes, — o bien esos hombres han conservado la solidaridad con la masa, — aun superándola en inteligencia; son los inventores que han perfeccionado poco a poco la vida personal y social del mundo: enteros, y los hombres de ciencia que, sin inventar siempre ellos mismos, han echado las bases de ese conjunto de conocimientos que facilita el descubrimiento y la realización de progresos ulteriores. Esos dos grupos de hombres, dominadores y sacerdotes por una parte, inventores y sabios por otra, eran enemigos natos; porque los primeros no se preocuparon más que de perpetuar un estado de cosas o una ficción en provecho suyo y de defenderlos contra todo progreso — mientras que los otros sabían por la práctica que el progreso no soporta obstáculos, que la ciencia no se estaciona nunca y marcha siempre hacia adelante, y que la libertad es su elemento de vida.

Autoridad y libertad nacieron así del seno de la antigua colectividad y por largo tiempo la fuerza bruta de la autoridad, aterrizando a las masas físicamente y embruteciéndolas intelectualmente, ha triunfado sobre la libertad. Cambiar eso, hacer triunfar la libertad, ésa será la obra definitiva de la anarquía; pero se comprende que un número infinito de esfuerzos esparcidos y parciales habrá contribuido igualmente a esa obra y la habrá preparado.

Sería en efecto ingenuo esperar realizar una cosa si no está seriamente preparada, y así, la historia de la anarquía no data sólo del tiempo en que su propaganda se hizo más frecuente y organizada, en el siglo XIX, sino que data de los primeros progresos humanos en las tinieblas de los tiempos — lo mismo que el socialismo, la necesidad de justicia social, no data de los últimos siglos solamente, sino de esa ayuda mutua, de esa vida colectiva que remonta a lo que se puede llamar la época puramente animal del hombre: lo que lo hizo salir de esa animalidad, lo que lo transformó en lo que se llama hombre, fué ya la obra del progreso sobre una base de libertad, de anarquía — pues, que nos es preciso reconstruir.

La anarquía es, por consiguiente, de vieja estirpe, de buen origen, ha contribuido poderosamente, con el socialismo de la ayuda mutua, a la humanización del animal humano, y cuando se da uno cuenta de los obstáculos que puso la autoridad al desenvolvimiento de la ciencia y de las libertades humanas más elementales no se asombrará de que una síntesis anarquista, un movimiento organizado, una propaganda no hayan sido hechas en los siglos más antiguos. Se sabe que la ciencia misma no se libertó, tanto de los obstáculos estatistas y religiosos como de sus propios prejuicios y métodos defectuosos, más que hacia fines del siglo XVIII y que se estableció sobre bases verdaderamente sólidas y avanzó en



lo sucesivo a pasos de gigante sólo en el siglo XIX. Se recuerda uno también que lo poco que ha hecho salir a los hombres de la esclavitud secular, la libertad personal (muy restringida aún, sin duda), la vida privada que forma los grupos libres de familias, etcétera, que todo eso data igualmente más o menos de la misma época — y sobre esas dos posiciones adquiridas no dejó de producirse bastante pronto, al mismo tiempo, la elaboración de la anarquía como sistema social completo.

Antes la idea fué entrevistada algunas veces y se ha realizado en parte, sea por la vida de los hombres independientes de todas las edades que se abstuvieron de la autoridad, no queriendo «ni dar ni recibir leyes» y soñando con el «haz lo que quieras», para no citar más que las dos fórmulas anarquistas concisas de Diderot y de Rabelais, — sea por grupos de rebeldes *d'outrance* que se encuentran aislados o en ocasión de conmociones sociales más generales en todos los rincones y escondrijos de la historia.

La tradición es una fuente muy precaria y la historia oficial lo es aún más; una y otra han sido influenciadas en el más alto grado por los años del día, las autoridades políticas y espirituales, el Estado y la Iglesia. ¿En qué grado inmenso, por ejemplo, no han suprimido o desnaturalizado la historia, la vida social, las lenguas, etc., de todo el gran número de los otros pueblos de su tiempo a quienes se llamó «bárbaros» las fuentes griegas, latinas y orientales, casi las únicas de que dispone la historia? Estamos seguros que en el mismo grado o más aún, se ha borrado siempre la memoria de los espíritus y actores libertarios, de los rebeldes más sinceros, o bien nos queda aún la tarea de desprenderlos de los disfraces de que la ignorancia o la mala voluntad los rebobó. La literatura socialista de la antigüedad, las utopías de los Phaleas, de Hipodamos y de otros, se han perdido igualmente; apenas se conservaron la República de Platón y las ironías antisocialistas de Aristófanes. Se encuentran ideas anarquistas en el filósofo Zenón. Debíó haber libertarios en todas las revueltas de esclavos, entre los primeros cristianos y más aún entre los herejes múltiples que se disgustaron pronto del cristianismo oficial, y probablemente también entre los últimos paganos que vieron ensombrecer su vida intelectual y artística bajo los golpes del bolchevismo cristiano, de una dictadura anti-intelectual, anti-artística espantosa a la que debemos en gran parte los siglos negativos de la historia de la edad media. La transmisión de la ciencia proscribió a través de esas tinieblas, fué un acto antiautoritario por excelencia que ha debido apasionar a los espíritus libres.

Desde que se formó una vida popular de nuevo en las ciudades, los artesanos obreros se coaligaron ellos también, como sus patronos, y sin que conozcamos sus nombres, o más bien sin haber podido hacer investigaciones minuciosas en las crónicas, diría con al-

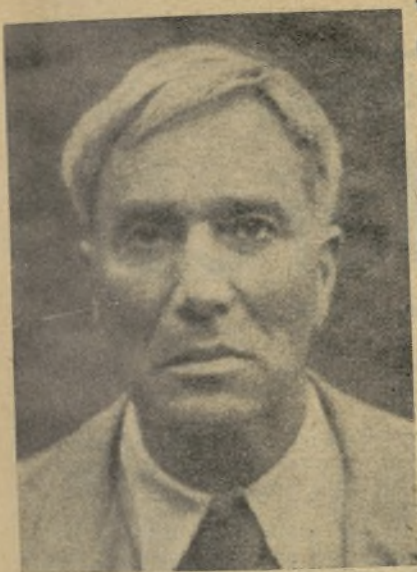
guna probabilidad, que ese medio que reclamaba la justicia social y la emancipación de los lazos autoritarios, ha debido producir en algunos lugares una minoría de libertarios: son habitualmente aquellos a quienes se ahorcaba en la horca mas alta y de los que se habló mas mal en las crónicas piadosas y reaccionarias. Otros vastos grupos del pueblo de las ciudades y de los campos, hombres y mujeres, se colocan entonces resueltamente fuera de la sociedad de su tiempo, se crean una vida libre para sí, a menudo inspirados por una creencia llamada herética y que bajo apariencias religiosas tenía un fondo social que los historiadores han tenido siempre cuidado de ocultarnos lo más posible. Algunos de ellos, los «Hermanos y hermanas del espíritu libre», pasan por negadores de la autoridad religiosa, estatista y del sistema antisocial reinante y fueron degollados donde se les encontró, — no es necesario decirlo. Hubo también en el siglo XIV en Bohemia, un verdadero Tolstói de su época, Peter Chelický, cuyos numerosos adeptos atenuaron gradualmente la doctrina hasta llegar a los «Hermanos moravos». Los Loistas en Holanda fueron también un grupo de aquellos que protestaron más contra el yugo de la autoridad.

La abadía de Thelermo, soñada por Rabelais, aunque no tenga base económica seria, una parte de un libro de A. F. Doni, publicado en 1562 en Venecia, otro de Gabriel de Foigny, de 1676, también los campesinos de la Betica de Tellemaco, son algunas visiones libertarias y el buen Huron o el salvaje de Tahití y el discípulo de la naturaleza (por Beaufeu) y muchos otros asuntos el deseo de salir del medio opresivo y gangrenado de la época hacia un mundo nuevo que en los ejemplos citados no fué un mundo socialista con nuevos gobiernos meticulosamente elegidos — esa literatura socialista autoritaria existe también a través de esos siglos en numerosas utopías —, sino que fué ante todo un mundo libre.

Se era impotente para crear ese mundo en la realidad, pero junto a los sueños y a las críticas sociales se trataba al menos de realizarlo para los niños, en la educación, y es quizás en este dominio que — al lado de numerosos sistemas autoritarios sin duda — la idea de la libertad fué aplicada más a la vida real. Junto a los sueños de los grandes educadores libres, la emancipación de la mujer fué abordada entonces con el mismo espíritu libre, y la unión del primer anarquista que concibió un vasto sistema, William Godwin, con una de las primeras mujeres libres de esos años, Mary Wollstonecraft, simboliza por decirlo así la estrecha unión de los esfuerzos libertarios de forma diversa, pero de fin común.

La idea de la verdadera libertad fué expresada así en la lite-





**BORIS PASTERNAK**  
... Otros seguirán tu  
camino paso a paso...

# El hombre frente a la tiranía

(El hombre es esa cosa que acaba por derribar dioses y tiranos.) Camús.

**S**O pretexto de defender la sociedad, el bolchevismo elimina el humanismo más elemental y la más mínima independencia. ¿Qué queda del hombre en un régimen dictatorial como el ruso? Nada, la carne, apenas un objeto de servicio. Ante el marxismo ruso, el hombre está reducido a la categoría de cero y el Estado elevado a más allá de lo infinito. En Rusia el hombre es como un copo de nieve desgajado de su nube en el vacío del cosmos; es como rata en boca de gato.

¿Qué importa el hombre, si es la mercancía más barata?

Boris Pasternak se ha visto conceder el premio Nobel de literatura y, contrariamente a lo que suele ocurrir, en lugar de ser honrado por su pueblo es amonestado, detestado y obligado a renunciar a tal honor. Y eso sólo puede ocurrir porque en Rusia no hay pueblo. No hay más que Estado.

El Estado, monstruo frío, elevado, como en Rusia, a su más alta expresión, no vacila en imponerse por grotesca, ridícula o cruel que sea su acción. Lo público y lo privado, lo general y lo particular, el morir como el vivir, todo debe estar bajo su férula, incluso aquellas acciones circunscritas a la simple expresión de una idea.

Boris Pasternak, aquel que el año 35 iba a la cabeza de la delegación de escritores rusos en visita a París, se encuentra hoy en momentos similares a los que pasó Unamuno el año 1936. Ambos son dos seres independientes que no necesitan al Estado para encontrar razón de vida.

El año 36 todo el veneno totalitario se volcó contra el que dijo que el fascismo vencería pero no convencería. Hoy, la otra expresión totalitaria, el bolchevismo, vuelca toda su ira contra Pasternak porque éste, después de cuarenta años de dictadura, mantiene un espíritu de in-

dependencia y lanza al mundo «El doctor Jivago», fiel testimonio de que la fuerza bruta vence pero no convence.

Por pensar por sí mismo, por negarse a ser escritor-funcionario, por no ceñirse a escribir según le ordenan, toda la jauría de «tovarichis» se lanza contra él. Toda, incluso esa que se da en llamar Unión de Escritores Rusos, en este caso concreto, vergüenza del mundo.

No cabe duda que en la Unión de Escritores Rusos habrá que tendrán sus problemas de conciencia, hombres que en el fondo sentirán remordimiento al verse cobardemente arrastrados al juzgo malabar de la política y de los políticos, pero, precisamente por eso, el hecho aun es más injusto y odioso.

La Unión de Escritores Rusos ha amonestado a Pasternak por haber escrito y hecho imprimir un libro... por el cual ha obtenido el premio Nobel de literatura— a espaldas del Estado. Y lo han censurado con tanta unanimidad que hace sospechar en que la misma Unión es un fantasma, que lo único que hay que ver en ella es un engranaje más de la máquina estatal bolchevique.

Cuando Pasternak se ha limitado a observar el silencio que le habían impuesto se le ha dejado tranquilo; en cuanto ha querido hacer saber su pensamiento al mundo y éste le ha reconocido su capacidad, las parcas con hoz y martillo han preparado sus armas, y sus mercenarios, los de todo pelo, han tocado a arbitrio general contra el pestífero escritor.

No es Rusia quien está contra un hombre, sino el Estado.

Kruchev hoy, como Trotsky y Mussolini ayer, necesita víctimas para que el régimen viva. Las dictaduras sólo viven por el terror, cuando éste afloja, la rebeldía se manifiesta y surge en los hombres el espíritu de independencia que como hombres debe caracterizarlo.



POR LOS CAMINOS DEL MUNDO

# Sarandi de Barcelo

*Mi queriño maestro y amigo. Retribuyo su atención para con mi humilde persona y le diré que estoy bastante adelantado agradeciéndole siempre por ser la primera persona que se interesó por enseñarme a leer y escribir.*

(Fragmento de una carta de Melitón Porciuncula, negro sexagenario).

1

**A**OCHO leguas de Río Branco y a 12 de Melo, capital departamental de Cerro Largo (Uruguay) se encuentra el poblado de Sarandi de Barcelo, nombre que toma del arroyo que lo atraviesa bajo su pintoresco puente y que desde Corral de Piedra, lugar de nacimiento, desemboca en la costa (orilla) del Yaguarón próximo, moviente frontera con el vecino Brasil. Todos los habitantes hablan brasileño. Salvo la mala carretera no existen calles. Ranchos diseminados, dos boliches (bar y tienda), una rudimentaria herrería, alguna casa de mampostería como la de D. Méndez, estanciero que posee a él solo 3000 cuerdas de terreno y la escuela, en donde ocupo yo casualmente una suplencia vacía.

Lugar apartado de la «civilización» a la que se llega por dicha mala carretera, por la que pasa un pequeño y destartado autocar una vez por semana y cuyos pasajeros, sobre todo los del sexo femenino, vomitan y se marean. El chófer es también el inevitable cartero que, despanzurra las cartas oliendo dinero. Allí no hay curas ni iglesias (ni falta que hace). Tampoco existe el galeno.

A Pasternak le han dado a elegir entre renunciar al premio Nobel o exilarse y abandonar a la familia. Represalias contra él ya tomaron hace 22 años. Desde entonces que se le permite traducir obras de Shakespeare, Goethe, Petofi, etc., pero no se le permite dar nada de su creación; nada donde pueda expresar su pensamiento. Y no es porque sus escritos no tengan valor sino por el sentido de la libertad que expresaba en ellos. Del 20 al 30 sus poemas eran leídos y hacían adeptos. Ehrenburg mismo, con todo y ser la voz de su amo, prototipo del escritor-funcionario, elogió la obra de Pasternak.

Tras dos cortos períodos de libertad: el de la guerra y el que va del XX Congreso bolchevique a octubre del 56, fecha en que tuvieron lugar los sucesos de Hungría, Pasternak se hunde en el olvido, como él mismo dice. Mas no se arredra, «trabaja para su armario» en espera de mejor ocasión. Llegada ya, «El Doctor Jivago», al que los críticos comparan a «Guerra y Paz» de Tolstoy, se imprime en el extranjero... y por eso se le amonesta, por tomarse la libertad de ponerle alas a su libro.

Al parecer, entre exilarse y someterse, Pasternak se ha sometido. Conociendo la historia del bolchevismo, no será exagerado pensar que es muy posible que su suerte esté

Cuando se enferma gravemente un vecino, algún vivo que posee rifle (auto) cobra hasta 40 pesos por su traslado particular a Melo.

Los lugareños viven aislados. Se reúnen de cuando en cuando en las pencias (carreras de caballos campestres) de las que nada puedo decir porque nunca vi ninguna, en tal o cual bailongo hasta las claridades del día o en los casamientos en donde también se baila y baila... Luego son los niños y niñas, acudiendo con sus túnicas blancas a la escuela desde la periferia del horizonte a lomo de sus potrillos los que animan la silente campaña. Cuando retornan a sus lares idéntica animación y luego, la triste soledad de un medio indiferente a la belleza de la vida.

Por los vastos potreros (terrenos alambrados) corren veloces las ñandús (avestruces americanas), salen por la noche las mulitas a comer pasto o miran los negros y bellos zorrillos a lista blanca, con sus ojitos atónitos. Las majadas (lanares), las tropas (vacunos) y las cabaladas viven también en los potreros. En el monte del arroyo se refugian las liebres, los tatús y la temible crucera, cuyo mortal salto puede costarle a uno la vida.

La única riqueza material es la esquila de la lana. Los lugareños se nutren principalmente de carne de capón (oveja), porotos negros (alubias coloradas) que compran en el boliche de la costa (Brasil) y de galleta dura (panecillos marinos sin sal). No todos tienen leche y huevos. Las hortalizas son inexistentes en general y la huerta es desconocida, como en casi todo el hinterland uruguayo. Como frutales algún naranjo y no contéis más.

echada ya, que su fin sea trágico como lo fué el de muchos que osaron plantarle cara a la fiera estatal.

Fuera cual fuere el desenlace momentáneo, está muy reciente la suerte corrida por Manol Vasef e Imre Nagy para que el mundo no se inquiete por Pasternak.

Ante los crímenes sin cesar cometidos por el bolchevismo, es hora de elevar la voz. Es hora de que los obreros manuales e intelectuales empiecen a medir sus responsabilidades al permanecer indiferentes o platónicamente indignados ante una injusticia más. Lo ocurrido a Pasternak es un crimen de lesa humanidad, puesto que se le reduce a la categoría de animal pasivo.

Boris Pasternak es prisionero de Kruchev como ayer Malatesta lo fuera de Mussolini, como Djilas lo es actualmente de Tito.

Solo una acción mundial puede salvar al escritor libre que es Pasternak.

Es necesario que la intelectualidad despierte y se apreste a defenderlo.

Si se hace y se consigue, ella sería la primera batalla ganada al bolchevismo.

Pasternak es un pionero de la libertad, por eso los libertarios estamos a su lado.

J. ALAUDDO



Alegra un poco el ambiente la gran variedad de pájaros desde el maravilloso y humilde hornero hasta el cello y diminuto colibrí.

De noche ladran y ladran a veces los canes. Es que pasa un carguero de contrabandistas por las proximidades, acostando alambrado. Estas gentes van armadas y disparan a quemarropa al menor bulto sospecho, pues los líneas (soldados) por allí acantonados los matan como a perros en la oscuridad de la noche. He aquí algo que no se halla en las propagandas turísticas.

Yo he recorrido aquel pago (lugar) con mi caballo «malacara» (corcel que tiene una lista blanca en pleno rostro) hasta sus más recónditos lugares, visitando las solitarias cuchillas (colinas), las cachimbas (manantiales) y a todo el vecindario. A pie he seguido todo el arroyo Sarandí desde su nacimiento a su desembocadura (unos 35 kms.).

2

Doña Pilar Melania Ceballos de Silvera era y es una maestra sexagenaria chapada a la antigua. Tiene un concepto de la enseñanza usual, es decir, que hay que vivir lo mejor posible a costa de la pretendida «educación» del niño, verdadera deseducación y domesticación social de la infancia.

Megalómana nata, trata en dictadora a los ayudantes que caen bajo su férula. Todos o todas se adaptan, pues la vida es fémile para los acomodaticios. Fero no soy yo Sancho en busca de islas Baratarías. Mi condición de «extranjero» le chocó a la doña y mi inquietud constante por la cultura no académica le fué enseguida sospecha. Presintió Melania que yo iba a ser un «caso difícil».

Ocupaba Melania la dirección de la escuela del pago. Vivía allí con el tal Silveira, su primo y marido por más señas, una fiera para el descanso que se pasaba el santo día tumbado y chupando mate.

Llegué yo saltando por la suciedad que todo lo inundaba. Mano a la obra, con pala, pico, escoba y carretilla limpié todo aquello en una semana, después de las horas de clase, ayudado por los niños del caminero, vecinos próximos. Todo culminó en un montón poco usual de rastros y basura que ardió sus horas durante una negra noche, para asombro del vecindario que rumió que en la escuela ocurría algo imprevisto.

Desequilibrada en el aspecto sexual, sin saber incluso sublimarlo mediante un estudio que no le interesaba, su histerismo desembocaba en plena clase, tratando a los niños como si fueran adultos y vengándose en ellos por las antipatías que le causaban ciertos padres. Ella se guardó la clase cuarta, sin duda porque había «niñas desarrolladas y yo era soltero» y la primera. Me encajó a mí la segunda, tercera, quinta y sexta respectivamente. Se ve, que trataba de explotarme... Pero para mí treinta educandos en total, con cuatro horas miserables de trabajo era cosa fácil. De ello se dió cuenta la doña, cuando, a los niños más atrasados iba a avanzarlos en sus mismas casas, después de la merienda.

Esta actitud extraescolar la sacó de quicio. No se avino a razones. No sabía razonar. Al manifestarle mi intención de abrir mi salón escolar para combatir el analfabetismo de la zona, se negó a ello rotundamente.

El caso que la pobre Melania se negaba incluso a que yo hiciese mis rápidos esquemas explicativos en la pizarra, diciendo que tal enseñanza no estaba en el programa. Al indicarle yo que sí estaba, la pobre se enfurecía. Resumamos, a los quince días, todos mis educandos manejaban rápidamente la tabla de Pitágoras para encontrar con facilidad los productos o cocientes deseados. Ella, la ignoraba...

Otro intento mío de labrar toda una cuadra de terreno con una yunta de bueyes y con la ayuda de los niños y el vecindario, constituir una huerta modelo, para abastecimiento del comedor infantil y para ejemplo del vecindario, en plenas tinieblas en cuanto a las nobles faenas hortelanas, fué frenado por la doña.

En fin, trataba como dicen los superficiales en «hacerme la vida imposible» para ver si me largaba. Ignoránrola yo continué mi obra, presagiando que nuestras relaciones serían difíciles a causa de su espíritu dominista y de mi idiosincracia libertaria.

3

Respalado con la pedagogía humanista de tres mujeres de altura, a saber: Ellen Key, Maria Lacerda y Maria Montessori mi enseñanza difería notablemente de la suya, reflejando las fórmulas prefabricadas de la pedagogía lacayuna de Estado. Pronto se dieron cuenta todos los niños y todo el vecindario. La estima mutua entre educandos y educador, la comprensión entre los padres y este último (al mes ya los conocía a todos y eso que algunos vivían a tres leguas), iba «in crescendo». La pobre Melania, en lugar de asociarse a la obra culturalizadora, la contrarrestaba mediante la calumnia que se arrastra.

Chovinista de primera ley, vomitaba la historia de batallas, sangre, estandartes, enemigos, armas y otras barbaries. Recalcaba mi condición de extranjero, ignorando la pobrecita que soy un apátrida que el mundo que es mi morada. Y lloriqueaba sobre la patria y la patria ladeando la triste suerte de los indígenas que fueron masacrados en tierras uruguayas por los bárbaros a piel blanca.

En oposición a la barbarie autoritaria insinuaba yo a los niños que sus hermanitos que vivían allende las aguas del Yaguarón (en el Brasil) eran dignos de ser queridos siempre eran sus iguales como todos los niños del mundo inmensa patria fraternal. Que las guerras eran una locura de los mayores que truncaban la vida de los seres humanos. Que nadie debía morir hasta que fuera anciano. Que los hombres había que catalogarlos por su corazón y por sus sentimientos y no por el color de su piel (tenía yo en clase tres negritas y un negrito) ni por el lugar donde habían nacido. Les decía de la gran injusticia cometida con los pobres negros en tiempo de los bárbaros negros y para dar ejemplo besé en la frente un día en clase a las tres niñas de color.

Saltaba a la vista que yo quería a la infancia, me desvelaba por enseñarla, mientras que la doña, genuina representante de un profesorado verbomano y pasitario, medraba a costa de ella. Pero ella «era la que allí mandaba». Se quejó a la inspección y el resultado inicialmente le fué desfavorable, aunque los bonzos burocráticos entrevistados que mi apostolado pedagógico era sospecho.

El vecindario en pleno, tomó parte del asunto. Las ideas, como aseveraba Sarmiento, no se degüellan. Mis ideas pedagógicas, reflejo de las tres educadoras citadas, penetraron en los hogares. Algunos, los más entusiastas estaban «dispuestos a luchar por aquel fenómeno de maestro nunca visto en el pago» y según algunos ancianos «ni en todo Cerro Largo». Esta actitud hizo rabiar a Melania, inferhumano que odia y no ama.

El caso que, no pudiendo enseñar a mis amigos analfabetos del pago, empecé a enseñarlos en sus propias casas. Otros alumnos (as) extraescolares, de diferentes sexos y edades, engrosaron mis clases particulares, por deficiencia en matemáticas, gramática, etc. Pronto sumaron sesenta alumnos en total, con los de la escuela. Entre ellos, el negro Melitón, cuyas líneas sirven de introito a estas notas, una de las personas, dicho sea de paso, más buenas y humildes con las que he amistado en mi vida.



# VIDA DE «CENIT»

4

No descansaba yo ni los domingos. Oscurecía y aun enseñaba a aquellas pobres gentes a salir de las negras tinieblas de la ignorancia. Si pudiera enseñar a leer y a escribir al negro Melitón, pensaba, mi obra en Sarandí no habrá sido vana. Pero la enseñanza escolar era, desde luego, la menos importante. Penetraba por las chozas más humildes y demostraba una sencillez desatada que hería interiormente a los pobres con dinero, basando su orgullo en sus posesiones y billetes. Además aquel maestro desacomodado, que vestía limpia pero humildemente y que charlaba largos momentos con el octogenario Secundino, un viejito casi ciego y siempre dispuesto al trabajo, no era de su agrado. Lo hubieran preferido más «maestro» en los ademanes y en el trato.

Lo que ya no era usual es que galopara por los caminos con un matungo (caballo) como si fuera un criollo o un gaucho y que ayudara a los ancianos en las zafra de maíz y todo por el placer y desinterés. Además hablaba bien del campo y mal de las ciudades, esas ilusiones en grande. No era como los demás. Los otros tenían un pie en el pago y otro en Melo. Este estaba hundido en el pago...

Sin embargo, los pobres, me querían. Porque, caso asombroso, era yo también un pobre, que con ellos comía en su misma mesa y que de sus cosas y sus penas me interesaba.

«Los paisanos (campesinos), insinuaba, no tienen porque sentirse inferiorizados ante la presencia de un maestro. Nada hermanos hay tan noble y grande como el obrero del campo, sostén alimenticio del mundo. Contrariamente al sentir de las gentes corrientes, os aseguro que para mí, vosotros, como campesinos, sois dignos de la más profunda consideración y respeto».

O bien:

«La enseñanza escolar que yo hago don al pago, carece en sí de importancia. Es un deber del maestro que se siente maestro. Lo verdaderamente digno de tener en cuenta, es el fraternismo que yo siembro entre vosotros, esa es la verdadera enseñanza». Etc.

5

Así las cosas, acabé mi suplencia en el pago. Atravesando Corral de Piedra, se borró todo el paisaje sarandiano, pensando en la gran injusticia que se comete con la infancia mediante la enseñanza leguleya y domesticada, apta principalmente para adaptar a nuestra sociedad bárbara y gregaria, las mentalidades infantiles deformadas.

De esta manera se lanzan en el seno de la sociedad a pobres seres vegetativos e indefensos, fácil presa de la tiranía económica que por doquier impera, para mayor gloria de la casta parasitaria que medra y se nutre de su moral miseria y de su material indigencia.

V. MUNOZ

Hay lectores que nos preguntan cómo arreglárselas para ayudar eficazmente a la revista. Gesto simpático, si hay uno, al cual nos permitimos contestar con las siguientes líneas:

A CENIT se le puede ayudar de muchas maneras:

Primero. — Enviando el importe de la suscripción en el momento en que ésta empieza, para los nuevos, o en el momento de renovarla, para los que ya lo son.

Hay quien al suscribirse envía cartas — gratas cartas por cierto —, explicando el por qué de la suscripción. Ello está bien, pero lo importante y sencillo es que, sin necesidad de carta, se envíe el montante de la suscripción, escribiendo, al dorso del «mandat-carte» que os darán en Correos, el destino de la misma.

Segundo. — Se le puede ayudar regularizando los pagos con ocasión del final de año.

Tercero. — Buscando nuevos suscriptores: CADA SUSCRIPTOR FIEL DEBE ENCONTRAR OTRO SUSCRIPTOR PARA 1959.

Cuarto. — Obteniendo colecciones completas de CENIT para regalarlas como obsequio de Año Nuevo, a los amigos, familiares, instituciones, etcétera, de los que se quiere que saquen provecho de la enseñanza enciclopédica que contiene la revista.

Quinto. — Participando a la suscripción abierta cuya tercera lista es la siguiente:

Puig, de Montauban	560
Juan García	100
L. Tejerina	50
Donativo de Frank González, de Nueva York, entregado por J. Torres, ejecutor testamentario de sus últimas voluntades	41.766



# Un sueño

## de SAN AGUSTIN

**E**N 417, Aurelio Agustín trabajaba con repugnancia. Continuaba «De la Trinidad»; una obra que no le interesaba. Comenzada hacia el año 400, el tratado había sido abandonado con desgana porque habían robado al autor y publicado los primeros capítulos antes que él estuviera satisfecho. Algunos curiosos, incapaces de contentarse con la simple fe, exigían del doctor que completase su explicación del misterio. Sobre todo aquéllos que no podían leer a los Griegos le rogaban que suplantase, en su favor, lo que faltaba de esta materia en los escritos latinos. Cedió a esas insistencias que le halagaban; pero, a pesar de este vino de vanidad, la tarea le era desagradable.

Trabajaba con fastidio, habiéndose impuesto el cambiar lo menos posible cuanto habíase publicado a pesar de él.

Según sus planes, la obra constaría de quince capítulos. Se arrastraba penosamente a través del libro séptimo cuando, vomitando de alguna manera el alimento tomado a la fuerza, escribió estas palabras: «Se habla de tres personas, no para decir lo que se dice, sino para no callarse». (1)

Siguió al vómito una larga mueca amarga, que parecía poner a flor de labios el fondo de la garganta. Los ojos, mientras tanto, se cerraban. Agustín pesado de fatiga y de fastidio se adormecía sobre la desagradable tarea. Entonces fué visitado por un sueño:

..

Se le apareció un hombre, grande, hermoso y noble. Y supo que aquel hombre se llamaba Platón.

Y Platón estaba diciendo:

— También creo yo en la Revelación. Mejor que tú, conozco yo lo que es la Revelación.

¿Por qué, después de tan graves palabras, Platón reía a carcajadas, tan poco en armonía con lo

que acababa de decir, tan poco en armonía con su hermoso y profundo rostro?...

Y he ahora que saltaba como un niño.

Como un niño saltando y jugando, exclamaba:

— ¡Revelación! ¡Revelación!

Riendo de nuevo, largamente, como si la palabra tuviese una virtud cómica, prosiguió:

— Cuando te revelas, procura ser revelado por tí mismo. Cuando te vuelves espectáculo, procura tener tus ojos. Las palabras que al azar dices, por lo que tú crees, y por no callarte son como, en los acantilados de los mares de Galia, esos roquedos que descubre el reflujo y que hay que estudiar aprisa antes que retornen las aguas. Colocáis personas en el seno de vuestro Dios, ¡oh, doctores! por no guardar el silencio que convendría, sin embargo, a la adoración, al respeto, y a la honesta ignorancia. Pero explicame por qué colocáis tres en vez de dos o diez. Busca en tí si quieres saberlo, busca en tí. Mi maestro Sócrates tenía por costumbre repetir: «Conócete a tí mismo».

Según el Platón del sueño, todos los doctores que se habían preocupado por el problema de la trinidad, habían sido instruidos, directamente o por intermediario, por la doctrina platónica referente al alma humana. Padre, hijo y espíritu eran los tres hijos, hijos del hombre y de su triplicidad, hijos del cochero Razón, del caballo blanco Valor y de Deseo el corcel negro. Y aún, si los doctores se querellan sobre la más o menos unión, y la más o menos separación de las tres hipóstasis, es porque Platón ha variado y flotado en el estudio del ser interior, dándonos, si hemos de creer a su «República», un alma tripartita, pero dándonos, en el «Timeo», tres almas.

— Tu Dios es triple porque tú eres triple y en la medida en donde te sientes triple. Hablas de tres personas, menos aún para no guardar silencio que para adivinar pérfidamente. Tu Dios eres tú y tú eres tu Dios.

El filósofo desapareció. Nada ya de visible en el negro sueño.



DE UNOS  
A OTROS

# Preguntas y respuestas

A esta Redacción nos llegan preguntas que, por su importancia, nos parece oportuno responderlas públicamente. A partir de esta fecha, pues, en cada número dedicaremos una página a esta especie de consultorio, que, con estas líneas, queda abierto a todo el mundo.

Las respuestas, en la medida que se pueda responder, serán dadas en colaboración con el A.B.I.C. (Archivo Biblioteca de Información y Consulta), con documentación a la vista.

Primera pregunta. — ¿Cuáles eran los principales gobernantes que había al estallar la guerra en septiembre de 1939?

Respuesta. — Ignoramos si se refiere a España o al concierto de naciones participantes. Suponiendo sea esto último, diremos que eran: Adolfo Hitler en Alemania, el Coronel Beck en Polonia, Eduardo Daladier en Francia, Chamberlain en Inglaterra, Mussolini en Italia, Stalin en Rusia, General Tojo en el Japón, Roosevelt en Norte-América, Franco en España y el Papa en el Vaticano.

¡Extraña sensación! Le parecía a Agustín que sus orejas se transportaban hacia sus ojos cerrados, aplastados. En un esfuerzo absurdo para ensayar ver, abría sus orejas extendidas. Pronto, un grito taladró la tiniebla unánime. Un grito repetido, a veces doloroso, a veces burlón, a veces triunfante:

— ¡Hombre Dios! ¡Hombre Dios! ¿Hombre Dios?

Agustín se preguntaba si el grito, conjunto luminoso y encogedor como un choque, hablaba de Jesús. Un horror lo levantó cuando la voz aún más taladrante, afirmó:

— El hombre es el solo Dios. Lo que tú llamas Dios, cuando quieres encontrarlo fuera del hombre, te huye como una sombra. Porque, en efecto, es una sombra. La sombra que el hombre proyecta encima de ese flotamiento indeterminado que tú ignorancia y tu fatiga llaman el infinito.

Estos eran por lo menos los titulares. Los que en efecto gobernaban... Eso es otra cosa.

Segunda. — ¿Qué se entiende por «Manifiesto de los 16» al que los anarquistas, al hablar de la primera guerra mundial se refieren frecuentemente?

R. . . El «Manifiesto de los 16», encabezado por Pedro Kropotkin y Jean Grave, es el que en 1914, lanzaron 16 compañeros, declarándose a favor de los aliados. Se enfrentaban con el «Manifiesto de Londres», donde se denunciaba sin distinción el imperialismo de ambos bandos.

Tercera. — ¿Qué debe entenderse por moral? R. — Hay tantas definiciones de la moral como moralistas.

Queremos decir que no hay moral determinada y universal más que en la medida que cada uno de nosotros universalizamos nuestra propia interpretación.

Por ejemplo, Spencer la concibe así: Consiste en reconocer a cada uno el derecho a hacer lo que quiera a condición de no atentar a la igual libertad que tienen los demás.

Hoy, corroborar la definición de Spencer es general. Guyau es quien más y mejor ha interpretado y desarrollado la moral de Spencer.

Hubo un silencio pesado, tras el cual la voz explotó en una extraña y artillada risa:

— Hasta luego, Dios.

El durmiente, mediante un vago y doloroso esfuerzo de voluntad, sacudía y dispersaba el sueño. Su cansancio, su horror y su asco lo hacían caer en esas profundidades del sueño, en las cuales el recuerdo de los sueños se ahoga y se borra.

\*\*

Aquel sueño, olvidado antes del despertar ¿tuvo una influencia sobre las mejores páginas del tratado, aquéllas en las cuales Aurelio Agustín, con un sutil talento, descubre en nuestra alma una imagen de la trinidad?...

HAN RYNER

(Traductor: V. M.)

(1) — « Dictum est tamen tres personae, non ui illud dicetur, sed ne taceretur ».



Lo desgraciado es que casi no es observada en los hechos, hasta el punto de que hay quien niega la existencia de moral alguna.

Cuarta. — ¿Es cierto que Condorcet fué víctima de la Revolución Francesa?

R. . . No, Condorcet no fué víctima de la Revolución; lo fué del apasionamiento.

Las revoluciones, cuando se hacen por medio de violencia, suelen cometer fechorías que escapan a todo entendimiento; no tienen explicación racional porque, cuando las pasiones están desencadenadas, la razón ni el entendimiento no existen.

La muerte de Condorcet la provocó Robespierre al no considerar ciudadanos más que a los republicanos, y no reconocer como republicanos más que a los que aceptaban sus conceptos políticos.

Condorcet se envenenó en 1794 para no ir al cadalso. A él se le debe buena parte de la célebre Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, lanzada por la Revolución.

Quinta. — La moral ¿es dependiente o independiente?

R. — En la moral intervienen más los sentimientos que la razón. O sea, hasta que la razón no ha hecho mella en los sentimientos, la moral es frágil; se rompe al primer soplo. No es tampoco fruto exclusivo del esfuerzo propio; es resultado del nivel intelectual, de la filosofía, del temperamento, del estado de salud, de la educación, de la posición social y del régimen político. Y es dependiente de todos ellos como la suma lo es de los sumandos.

Por otra parte, la moral, la de cada uno, se corrige, jamás se domina.

Sexta. — ¿A qué se llama Escuela de Alejandría?

R. — Se llama Escuela de Alejandría a la corriente filosófica, más bien diríamos civilización, que, aun de inspiración y orígenes helénicos, tuvo su base en Egipto bajo el reinado de los Tolomeos.

En tanto que corriente filosófica fué una de las primeras — si no la primera — que logró extenderse negando la idea de Dios. No creó nada, se limitó a negar, y alcanzó gran valor cuando encontró argumentos racionalistas donde fundamentarse.

Todo eso solamente en su inicio, pues a medida que sus inspiradores y fundadores morían, volvía a aceptarse la hipótesis de la divinidad con dioses y vicedioses, hasta que, aquello que había de ser escuela de la razón pura y de la pura filosofía vis a vis de la gran mentira deísta, convirtiéndose en especulación político-religiosa.

Séptima. — ¿Cuál es el origen de los huterianos?

R. — Se llama huterianos a los partidarios de Jakob Huter, sucesor de Georg Baurok, filósofo de Zurich, asesinado en el Tirol el año 1529.

Sus teorías y prácticas consisten en hacer vida en común. Las primeras comunidades de «bruderhofs» (casa de hermanos) tuvieron lugar en Moravia, de aquí fueron desterrados por las autoridades de la época y se refugiaron en Hungría, Transilvania y Ucrania.

En Crimea, mucho más tarde, en 1842, fundaron dos pueblos — Huntertal y Johannisruh —, cerca de Melitopol.

A fines de siglo emigraron a Norte-América, donde subsisten aún. Viven sin moneda, sin salario, sin amos ni empleados.





## Las obsesiones de la guerra

# CEMENTERIOS

**R**ECUERDO un día de mayo, con su cielo límpido y luminoso, con los nuevos brotes de una rica vegetación en las orillas de un río rápido y caprichoso, entre las faldas de una montaña. El adolescente — que fui en aquel entonces — se me aparece como un sér abandonado hace mucho, mucho tiempo. Vuelve en mí, pero no como una imagen clara, de trazos precisos. Espiritualizado, revive en mí por esas emociones conservadas en el corazón, vibrando como el mar dentro de una concha: revive por los misterios de la naturaleza, en los que penetro con ingenua osadía; por las conmovedoras bellezas que encantaban el alma no marchita todavía bajo el peso de los razonamientos y los desengaños; por las armonías que resonaban en la gloriosa fascinación de lo infinito; y, en lo hondo, por ese sagrado silencio interior, siempre activo, preparando nuevos impulsos y nuevas exaltaciones...

La vida pletórica irradiaba, en aquel día de mayo, desde el centro solar que se elevaba, esplendoroso, hacia el cént. Energías inagotables, transformaciones incesantes, búsquedas, superaciones, renovaciones, bajo apariencias calmas o refrenadas, y bajo maravillosas ordenaciones sostenidas por leyes nunca frustradas. Las implacables fatalidades del cosmos se simplificaban en la mente del adolescente de antaño, pues él sentía, intuitiva e inexpressablemente, su verdad esencial, su libertad equilibrada con la necesidad. Se sentía unido con los elementos de la naturaleza, raptado en su torbellino creador, fortalecido por los impulsos, a la vez intuitivos y conscientes, del perfeccionamiento.

La alegría de vivir se manifestaba en él por la vista, el oído, la respiración. Latía fuertemente en su pecho y bajo las sienes. Sus pasos hollaban la tierra, febriles, impetuosos. Penetraba con todo su sér en la vida corpórea, multiforme, deslumbrante — y él mismo era penetrado, acrecentado, multiplicado, reintegrado en el mundo... La pura pasión de la juventud susurraba su felicidad en el adolescente solitario, cuyo amor no buscaba todavía el otro Sér en el que concretara sus ideales y al que consagrara su adoración.

Y los pasos errabundos atravesaron un pedestal sedoso y fragante, cruzaron una carretera polvorienta y subieron luego, sin vacilar, los peldaños de una pequeña meseta cercada: — el cementerio secular de la ciudad... Lentos paseos entre hileras de sauces y castaños, entre millares de piedras con inscripciones doradas o deslucidas, entre monolitos simbólicos o altares subterráneos.

¡El primer cementerio que visitaba! Y en medio de esas fúnebres perspectivas, entre ciertas extrañas y confusas atracciones, entre fugaces aprehensiones persistía no obstante, en el adolescente de antaño, la misma alma que cantaba su alegría de vivir, allá, en las orillas del río y en el joven bosque lleno de zumbidos y gorjeos.

En verdad, el corazón simple y puro estaba igualmente abierto en el cementerio, como antes en la pradera salpicada de florecitas. La vida era la misma, aquí como allá. Su fecunda eternidad se evidenciaba de una manera nueva, más humana. El significado supremo de la existencia se revelaba entre los muertos que se pudrían en el silencio lleno de pensamientos. La muerte no le atenazaba con los terrores de la nada; no le agobiaba con sus secretos nunca revelados, ni con los interrogantes que torturaban a Hamlet y a Fausto. Y eso, no porque su adolescencia no hubiera sido preparada para ensueños metafísicos. Sino porque sentía la vanidad de las mismas: — en los libros todo joven descubre tempranamente la ponzoña del escepticismo y la tragedia de la humanidad idealizada en demasía...

Irrefrenable, la vida anhelaba entre las lápidas funerarias. En la unidad inicial de la vida, en el entrevero de sus fuerzas que buscan formas nuevas y más logradas, la muerte le aparecía entonces como un hecho, un fenómeno grandioso como la puesta del sol, sorprendente como un derrumbe de rocas que libera manantiales ignorados, radiante en su hermosura, pese a todas las descomposiciones horribles, las amarguras y desesperanzas de lo que es efímero en el destino humano.

Y en la meseta, sobre la que el cielo parecía una translúcida bóveda de templo, el adolescente — mi Yo de antaño — no se sentía fuera de la naturaleza. Cantaba en él su himno de adoración. Irresistiblemente, el silencio de sus profundidades activas se volvía sonoro; el ardor de la juventud que todo lo santifica, retumbaba por la arboleda. Un cántico que era también de «las cosas» circundantes. El grave articular del vivo infinito, engendrando siempre. La respuesta de los que estaban disponiéndose allá, en sus tumbas, a regresar a nuestro mundo, uno tras otro...

Si, los miles de seres desaparecidos estaban presentes, renovados. Cada piedra evocaba a un espíritu imperecedero. Las generaciones que ya habían transmitido a otras su herencia vital, relataban el pasado de la especie humana, cuyos designios resaltaban con todas las posibilidades de elevación y superación. La actualidad



creadora aunaba el presente con el porvenir. El adolescente que, en su vagancia de un sendero a otro, halló entre las hierbas altas las lápidas de su abuelo y tatarabuelo, glorificaba la resurrección de sus antepasados en él mismo. El sér renovado, joven todavía, contemplaba en varias piedras las pruebas de sus existencias anteriores. Y la inmortalidad vibraba en su plegaria serena... Y la lágrima que surgió de sus ojos llenos de hermosas visiones, era el más precioso don de su vida, ofrecido a las vidas que lo plasmaron, a él, a través de las generaciones. ¡Oh, la lágrima en la que se difracta la luz celeste del Amor siempre anhelante!

Y tan alegre y decidido como vino, el adolescente regresó luego a su ciudad, donde el Trabajo — incitado por incesantes necesidades — se empeña en forjar las innumerables victorias del Hombre...

— 0 —

Este recuerdo del primer cementerio recorrido un día de mayo, se insinúa en mí como una presencia suave y consoladora, cuando sin quererlo se me aparecen — en el lento anochecer de mi recogimiento — los cementerios de la guerra. Y sólo así puedo refrenar la exasperación que se debate en mi corazón, y envolver con pensamientos — en los cuales no quise creer antes — la tremenda tristeza de mi humanidad desengañada.

... Y los cementerios asoman aquí, allá, se acercan de todas partes. Los antiguos, ya demasiado repletos, desbordan sus muros, sus cercos de cipreses y sauces; los nuevos, dispersos por los lugares de matanza. Inmensos desiertos, revueltos por los entreveros de las naciones: entre ruinas calcinadas en bosques quemados que no reverdecen más — negros esqueletos inmóviles —, en los campos sembrados de escombros de acero, sobre colinas truncadas, cerca de los ríos todavía turbios — en todas partes yacen los muertos, los millones de sacrificados...

Y se nos aparecen los bloques simples, desnudos, colocados encima de las fosas comunes, de las hecatombes de los anónimos masacrados, arrojados los unos sobre los otros, en una mezcla de carnes y huesos. El hombre, el hermoso hombre idealizado, se pudre allá, descuartizado por las furias del odio ciego y vengador, en una horrenda masa de entrañas y gusanos... Y se nos muestran también las tumbas aisladas, de los caídos a los cuales se pudo rendir, en algunos instantes de trágica, el último saludo de honor. Y los cementerios en tierra fresca y fértil — en grupos simétricos, en renglones uniformes — todos iguales, impersonales.

Oh, la cruz, innumerable, siempre la misma, perfilada en horizontes ensangrentados o en la agonía de los crepúsculos, surgiendo en los recodos de los senderos, solitaria sobre los fríos peñascos, oculta en la sombra de los valles, clavada al margen de los labrados o al lado de las casas abandonadas...

¡La obsesión de la cruz! Aplastante, cruel, sin sentido. Pues ya no tiene ni siquiera su primer significado. No evoca más el divino padecimiento del Crucificado. La sagrada pasión del Hijo del Hombre está profanada, despojada de sus fatalidades naturales, de esos dramáticos choques que hacen surgir las luces de las revelaciones — del afanoso avance hacia la verdad, la justicia, lo bello, la libertad. La guerra se nos presenta, a través de sus cruces lastimeras, como un catastrófico trastorno de todos los valores humanos, tan espiritualizados por algunos elegidos; como el desencadenar de las bestias « civilizadas » en un mundo de monstruos mecánicos,

montados por la destreza satánica de los técnicos, — de esas fieras de acero que, apuntadas contra las muchedumbres ingenuas o ignorantes, estallaron en su orgía aniquiladora, más allá de los límites del mal y de la locura.

Y los muertos, los seres asesinados, irremplazables los unos, por su genio, necesarios todos por su mera calidad humana, — los inocentes y hasta los culpables despanzurrados en el delirio de todas las aberraciones, yacen y se descomponen en todas partes. Sus miasmas se arrastran, pesadas, sofocantes... hediondos vahos de carroñas rechazadas por la tierra misma. Pues ella está repleta de tantos cadáveres, invadida por las ponzoñas y las asquerosidades que nunca pudo producir en su fertilidad natural.

... Y pensamientos atroces se deslizan como larvas en cerebros de alucinados. Estúpida, incoherente, sin maldad y sin bondad, la mente se agita en su vacío, ya no entiende absolutamente nada. La inanidad, el caos, todos los excesos de la negación, pesan como una niebla en la que se revuelvan apariciones amorfas que se entrepennan y engendran nuevos monstruos.

Las horribles flaquezas del hombre se evidencian en las culminaciones de su depravación guerrera. Las almas de los millones de muertos ya no se ciernen en una atmósfera de serena recompensa resucitadora. Esfumado es su recuerdo. Algo más cruento, más doloroso que el olvido — el desconocer de los sufrimientos, el depreciar de las aspiraciones — la nulidad de los ensueños, de las hondas emociones y de los altos ideales en los que palpita la eternidad — todo el destino humano y divino de nuestra especie está más rebajado, pisoteado y profanado que en la más escalofriante farsa de enajenados y de malvados rabiosos.

Y la desesperación pasiva, sin expresión — el dolor sin el eco de la compasión, el grito que no pide auxilio elemental del supremo desastre, retumba prolongadamente en la Conciencia que, durante tantos siglos, perseveró en restablecer la concordia después de cada guerra, empujándose en nuevas realizaciones humanas. Aílla la vacuidad, lo absurdo, la nada del progreso. El hombre deshumanizado lanza sus desgarradores alaridos... Y la cruz se multiplica, millones y millones, en los desiertos y las ciudades del planeta que parece haberse extraviado de su órbita de siempre en los páramos del universo...

Y el Hombre que ya no puede reconocer sus designios, el Hombre abrumado por la noche que ahogó su espíritu y agotó su potencia creadora, está deambulando por las ruinas de la guerra. No sabe hacer más que una cosa: la cruz. Automáticamente, él está forjando sin cesar cruces de hierro, de piedra, de madera, todas iguales, y las coloca en todo lugar, de donde los hedores dimanan como de un infierno sin formas, sin espasmos, sin llamas siquiera... Su obra no es más que ésta: la cruz. La simple, rígida, resistente y muy paciente cruz... Y el hombre errante puebla la tierra con una extraña humanidad, que no se agita, no corre detrás de sus vanidades, no exige pan y no sabe más de la guerra: inmóvil, la cruz sin nombre, la cruz del No Ser se perfila en albores lánguidos y en lividos ocasos.

El hombre contempla en ella su propia imagen, geométrica, sin carne y vísceras: con los brazos abiertos, la Cruz-Hombre está clavada en la tierra, encima de aquel que no existe más. Y parece mirar fijamente en el ciclo restringido y ensuciado por su culpa. Contempla su cruz, es hombre despojado de su propia humanidad — y nuevamente lanza sus prolongados alaridos. Pues éste es ahora el cántico que, oíra, resonaba límpido y alegre de los pechos palpitantes de juventud, de amor y esperanza...



# CHANTAGES

**N**UESTRA época es una época de chantajes. El chantaje, es decir, las presiones, intimidaciones, amenazas, castigos, etc., para obligar al o a la que se codicia los bienes, que se desea su empleo, de quienes se aspira a una sincura o a una decoración, de los que se quiere una satisfacción. De miedo a ser descubiertos por las opiniones que sobre ellos se emiten o por los crímenes de que se les acusa, se ve a gentes dar a los otros todo cuanto poseen. El chantaje es cosa corriente en la sociedad actual. Es uno de los aspectos del avivamiento, y sin duda el más odioso.

¿Quién no practica hoy el chantaje, en una forma u otra? ¿Quién no recurre a ese género de ejercicio para separar a un concurrente, eliminar a un colega, o simplemente darse el lujo de vivir a expensas de los otros?

El chantaje es un género de gangsterismo. Acciona por el miedo a la violencia. Se camufla, se disfraza, adopta diferentes actitudes para reducir a su antojo a las víctimas escogidas. El arma que más a menudo usa es la calumnia. Propaga falsas noticias y con toda clase de madera hace flechas, para llegar a sus fines. Todos los medios le son buenos. Vuelve enseguida a la carga hasta que logra sus proyectos. El chantaje es el método adoptado por los arrivistas de toda especie. Los chantajistas son perfectos embaucadores. Para obtener lo que desean están listos a todo. Ensucian la reputación de sus colegas, esparcen sobre ellos noticias tendenciosas y buscan perjudicarlos por todos los medios. Para hacerlos callar, sus víctimas les dan esperanzas o, lo que para ellos es mejor, dinero. Entonces cierran la boca... aunque la vuelvan a abrir al otro día.

El chantaje es una de las plagas, y no de las menores, de nuestro mundo contemporáneo. El chantaje en todas las formas, desde el simple sueldo de un diario, hecho de

suposiciones, hediendo el anonimato, hasta la fingida indignación de un pretendido enderezador de entuertos que por ahí espera hacerse buena publicidad o lograrse un certificado de moralidad, acusando a tal hombre del día o a cualquier simple ciudadano de faltas que no han cometido. En el mundo periodístico, el chantaje es de una buena colocación, bajo el aspecto de noticias policiacas o de informaciones sensacionales. Entre los medios usados por los gangsters de la prensa, solamente citaré uno, el de que trabajan por su propia cuenta y por la de su patrón: el profesor —es— chantaje, se presenta en casa de su víctima con pruebas bien frescas, poniéndole el cuchillo en la garganta, asegurándole que si al instante no le da una fuerte suma para «ahogar el asunto» (sic), éste seguirá su curso. Asustada, la víctima accede, y ya no se oye más hablar de nada... hasta la próxima vez. La policía y la llamada justicia emplean idénticos procedimientos. Ahogan los asuntos que montaron pieza a pieza, mediante finanzas. Cuando se trata de alguien que ha cometido una indelicadeza o de un atentado a las buenas costumbres, es entonces cuando se aprovechan, con el apoyo de la prensa.

La prensa no tiene el monopolio del chantaje. En política el chantaje es cosa normal. Se quiere obligar al adversario a que piense como vosotros, a que adopte vuestras opiniones y vuestras querellas. Se le ensucia, se le trata de vendido, se le acusa de los peores asuntos, se le deshonra ante todos. El chantaje consiste igualmente en las promesas que se hace a los electores, a fin de obtener sus sufragios. Consiste en las mentiras que una autoridad malhechora siembra en las multitudes para calmar sus rebeldías, anunciándoles ciertas mejoras en el abasto o leyes más equitativas, cuando sabe muy bien que nada de eso hará. La política, que sea de derecha, de izquierda o del medio, vive de chantajes más o menos disfrazados.

~~~~~  
 ¡En otros tiempos! El mundo de antes de la guerra mundial aparece, en las escasas horas de nuestro recogimiento, como la visión de un paraíso perdido. ¿Después de cuántos años, de cuántas generaciones volveremos a encontrar la serenidad de un cielo de mayo, arqueado como una cúpula de templo por encima de nuestra miseria? ¿Cuándo recuperaremos los jardines interiores del espíritu, el impetu valiente hacia ideales siempre renovados? ¿Cuándo volveremos al credo que nos guía y ennoblece nuestra existencia? ¿Cuándo reconoceremos a nuestros grandes antepasados, los genios y demiurgos de nuestra especie? ¿Y cuándo, aniquilando los gérmenes de la guerra, restableceremos sobre esta tierra el respeto a la vida, a todo ser viviente?

¡Oh, los interrogantes de la conciencia! Cuando asoman en la mágica luz de la hombría de bien, ellos anun-

~  
 cian que la salvación ya no está demasiado lejos. Busquemos en nosotros mismos. En los escondrijos del corazón esperan los consoladores y los que enseñan el recto pensar. Las almas bienamadas murmuran en nosotros las verdades inmortales, de la Voluntad buena y creadora. Y tanto más alto nos levantaremos entonces, cuanto más profunda sería nuestra decadencia.

¡El alegre adolescente de antaño! Su recuerdo me sostiene. Y pese al obstinado lamento de la desilusión, pese a la obsesión de la locura sangrienta, percibo nuevamente los ecos de la canción pura y valiente, que resonó, hace muchos años, bajo la arboleda del cementerio, entre hombres que fallecieron para resucitar en mí...

EUGENIO RELGIS



Desde hace algún tiempo venimos sufriendo la tiranía de nuevos chantajes, tales como la guerra de los nervios, sabiamente orquestrada por los amos de la hora. La guerra de los nervios, en espera de la guerra de verdad. El chantaje a esta última es notable en su género. Consiste en preparar las conciencias para que acepten la idea de la guerra, y luego, para que acepten la realidad de la guerra. ¿Qué otro chantaje más grande que el de la última guerra: «La movilización no es la guerra»? O estos otros. «Venceremos porque somos los más fuertes», o el que nos están preparando para la próxima: «La guerra no vendrá hasta x tiempo», y otros esloganes no menos mentirosos. Materia para entretener la buena moral de las poblaciones, para tenerlas a mano, cuando llegue el momento.

El chantaje de la paz camina a la par que el chantaje a la guerra. ¿Es que no son chantajes esos votos por la paz, esos congresos de partidarios de la paz, que sólo son un engaño bobos para adormecer las meninges de los puebleros? Se vota para la paz, se ora por la paz, y se prepara «la próxima». ¿Es que hay otra mistificación más estúpida?

Y he aquí ahora el chantaje de los chantajes, el super chantaje, digámoslo así, el que supera a todos los otros. el que los contiene a todos, lo que se ha imaginado de mejor en el arte de embaucar a las gentes: el chantaje de la bomba atómica. Es una obra maestra del género, ¡el último grito del engaño! Después de esto, ya podemos izar la escalera. Se nos sirve, se nos agobia con tal chantaje más allá de todas nuestras esperanzas. Este escándalo dura desde hace muchos meses y amenaza con eternizarse. Los pueblos — o más bien sus dirigentes —, juegan al escondite, como los niños de escuela. Se trata de quien primero asustará con el espectro de la bomba, y quien, llegado el caso, asesinará con más habilidad. Se trata de intimidar al vecino, de hacerle miedo. Se le espía, se le busca por todos los medios para conocer si posee o no la famosa bomba, que se pretende que uno ya posee. Se guarda cual preciado «tesoro» ese artefacto que decidirá en su día la suerte de los terráneos. ¡Qué comedia! «Yo poseo la bomba, tú no la tienes, yo la tendré, etc. Yo soy el más fuerte, estate tranquilo, o si no, la tiraré en tu territorio, si te mueves». Mientras aquél a quien va dirigido el ultimatum permanece quieto, hace como que no ve, a esa nueva máquina infernal, trabaja en silencio para fabricárselas, fuera de todo control. En resumen, cada uno pretende ser poseedor de tal famoso secreto, el secreto de polichinela, más o menos bien guardado, hasta el día que el mundo entero conocerá, no sin aprehensión, que todos tendrán en sus manos el instrumento que aplastará a los que lo emplearán. En este aspecto, el chantaje atomista trata de asustar, afirmando y negando a la vez, divirtiendo a los bobalicones, haciendo «ruidaje», enloqueciendo a las poblaciones. Y mientras tanto, la carrera a los armamentos avanza rápidamente, admirablemente servida por un chantaje hecho con mano maestra.

El chantaje de la bomba atómica será el asombro de los siglos venideros, si es que el mundo existe aún. En espera de ello, los sabios mentirosamente dicen que no quieren emplear su saber en fines mortíferos, cuando en realidad no hacen otra cosa. ¡Puedan ser ellos las primeras víctimas de sus invenciones diabólicas! El chantaje de la bomba atómica terminará por causar gran catástrofe, si persiste, como parece que ha de persistir.

Todos los chantajes, combinados, sabiamente dosificados, yuxtapuestos, contribuyen a sembrar el pánico en los espíritus. Hacen de cada individuo un enemigo de los otros. Cada uno desconfía del vecino, lo sospecha de los peores crímenes. Se teme ser denunciado por alguna maldad imaginable. No se osa exponer una opinión en público. Se enmudece prudentemente. Pero esas precauciones no evitan que un día u otro se sea víctima de un maestro cantor. Un quidam a quien vuestro alojamiento causará envidia, terminará por desalojaros de él el día menos pensado. El partido que busca endoctrinaros hará brillar ante vuestros ojos montes y valles y os amenazará con sus furias si os negáis a seguir sus órdenes. La justicia — o lo que la reemplaza — se ingeniará en torturaros, moralmente y físicamente, para obtener confesiones. Chantajes y chantajes, para envenenar la existencia humana.

Toda propaganda se acompaña con una serie de chantajes que resumen algunas fórmulas lapidarias, frescamente salidas de las fábricas de esloganes. No hay propaganda sin mentira, ni mentira sin propaganda, una llama la otra. Se trata aquí de engañar a las gentes, de maniobrarlas para que pierdan todo control sobre ellas mismas, y que estén maduras para la «próxima».

Concluamos. Que el chantaje sea obra del Estado o de los particulares, finaliza en idéntico resultado: aterrorizar a las poblaciones, hacerles miedo, amordazarlas, afin de poder mejor explotarlas.

Hay sin embargo el reverso de la medalla. Por muy hábil que se presente, disponiendo de ilimitados medios, no siempre el chantaje tiene éxito. A fuerza de hacer chantajear a las gentes se termina por desencantarlas. Los chantajistas no encuentran a quien chantajear cuando no nos dejamos intimidar por ellos. Sus maniobras fracasan lastimosamente. Basta con tener un poco de carácter para rechazarlos. Es suficiente oponer a sus maniobras el más profundo de los desprecios. O bien responder al quidam diciéndole cuatro verdades, en buena y debida forma, probándole así que no le tenemos miedo. Una simple patada en alguna parte, que no se perderá, lo hará volver en razón. Si nos debilitamos un poco ante él, estamos perdidos. Pero si empezamos a responderle como es debido, tenemos todas las de ganar. Entonces vencido, desarmado, fracasado en sus maniobras y en sus proyectos, posiblemente llegue un día en que el chantaje se desplome estrepitosamente, ante el desprecio universal.

GERARDO DE LACAZE DUTHIERS  
(Trad. V. M.)





# MICROCULTURA

1. — Lenguaje, procede del latín «*linguam agere*» (mover la lengua).
2. — Dialecto, viene de la voz griega «*dialectos*» (hablar).
3. — Analogía, o primera de las cuatro partes en que se compone la Gramática, procede de las voces griegas «*ana*» (conforme) y «*logos*» (razón).
4. — Alfabeto, deriva de las primeras letras del alfabeto griego (alfa y beta).
5. — Vocal, procede del latín «*vocalis*» (que tiene voz o sonido).
6. — Consonante, viene de las palabras latinas «*cum*» (con) y «*sonare*» (sonar). Como se sabe, la consonante «suená» con una vocal.
7. — Género, deriva del griego «*guéneos*» (sero).
8. — Neutro, viene de las voces latinas, «*neuter*, *neutra* y *neutrum*» (ni con uno ni con otro).
9. — Artículo, procede del «*articulus*», diminutivo de «*artus*» (juntura).
10. — Adjetivo, viene del latín «*adjuicio*» (arrimar, juntar).
11. — Pronombre, deriva de las palabras latinas «*pro*» (en lugar de) y «*nomen*» (nombre).
12. — Verbo, procede de la palabra latina «*verbum*» (palabra).
13. — Adverbio, viene de las voces latinas «*ad*» (junto a) y «*verbum*» (palabra).
14. — Preposición, deriva de las voces latinas «*proe*» (delante) y «*ponere*» (colocar).
15. — Conjunción, procede de las palabras latinas «*cum*» (con) y «*jungere*» (unir).
16. — Interjección, viene de las voces latinas «*inter*» (entre) y «*jacere*» (echar o arrojar).
17. — «*Sintaxis*», deriva del latín «*syntaxis*», que a la vez deriva del griego «*suntaxis*» (coordinar).
18. — Prosodia, procede de las voces griegas «*pros*» (según) y «*ode*» (canto).
19. — Ortografía, deriva de las voces griegas «*ortos*» (recto) y «*grafia*» (descripción).
20. — Idioma, procede de las voces griegas «*idioma*» (idioma) e «*idios*» (propio, especial).
21. — El calendario actualmente vigente en la mayor parte del mundo se llama «gregoriano» y es una reforma del juliano.
22. — El nombre de marzo viene del latín «*martius*», en honor de Marte, dios de la guerra.
23. — Se llama «*fotófobos*» a los que tienen horror de la luz.
24. — Una «*talasocracia*» es un régimen gubernamental en que los mandones son los marinos.
25. — El «*Comet*», inglés ha sido el primer avión de transporte de propulsión a chorro.
26. — Aleijadinho fué el más eminente escultor brasileño del siglo XVIII.
27. — La tan famosa represa «*Lázaro Cárdenas*» se encuentra en el río Nazas (México).
28. — Un «*quiyapi*» es una manta de pieles de los indios guaraníes.
29. — La ciencia que estudia los signos se llama «*semiología*».
30. — Grecia tiene actualmente ocho millones de habitantes.
31. — Las hermosas ruinas de Uaxactun están cerca de Paén, al norte de Guatemala.
32. — Luis de Góngora y Argote fué el poeta cordobés que renovó la lírica española en el llamado Siglo de Oro.
33. — Las Islas Canarias son: Palma, Gomera, Santa Cruz de Tenerife, Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote.
34. — Alicia Alonso fué la más grande bailarina de ballet que hubo en Cuba.
35. — Las islas Riu-Kiu están al sur del Japón.
36. — La frase «*Hic jacet*» quiere decir «aquí yace» inscripción tumular.
37. — El principal puerto de Siria es Latakia.
38. — Se llama «*epónimo*» al personaje que da su nombre a un pueblo, a una ciudad o a una época.
39. — Se llama columna miliaria aquella que en los caminos señala la distancia desde el punto de partida original.
40. — Homero fué el primer gran poeta de Occidente.
41. — Florencia es la ciudad que Dante critica en «*La Divina Comedia*».
42. — La ciencia que estudia las monedas se llama «*numística*».
43. — Los árabes llaman «*alamin*» al inspector de los pesos y medidas.
44. — La ciudad de Samaun se encuentra en Turquía, sobre el mar Negro.
45. — Finlandia, Noruega, Suecia y Dinamarca son las naciones escandinavas.
46. — Los maories son los indígenas de Australia.
47. — El concepto de «*estructura básica de la personalidad*» fué elaborado por el psicólogo norteamericano Kardiner.
48. — La novela que ha hecho gran revuelo en la Unión Soviética ha sido «*No sólo de pan...*», por Vladimir Dudinstev.
49. — El nombre de Quemoy, en chino, significa «*Puerta de Oro*».
50. — Unamuno fué quien dijo: «*Me duele España*».

SUNO

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine).—Le Gérant : E. Guillemau. Toulouse (Hte-Gne.)



POETAS DE AYER Y DE HOY

## Las manos de mi cortijera

Dedicada a M. Martínez.

Los poros abiertos  
de sus toscas manos  
bebieron el sol.

Por eso morenas  
las veo, avariento,  
con deseos ocultos  
de besos tremantes  
y cálido amor.

Son fieles amantes  
que suelen moverse  
cual hojas de flor,  
que se abren de día  
y cierran la noche  
o se posan dulces  
en mi piel ardiente  
de buen Labrador.

Rudas, de trabajo,  
no son cual la cera  
o flor de azahar,  
son manos de «tajo»  
las que llenas de vida  
remueven brisas  
los toscos aperos  
que llevo a labrar.

Por eso yo quiero  
tus manos hermosas  
de moza garduña  
de humilde lugar.

Son tan vigorosas,  
sencillas y hermosas,  
cual las bellas rosas  
que adornan mi hogar.

Amadas manos de moza,  
la del cortijo en la sierra,  
o el campo cercano al mar :  
Yo solo sé lo que valen  
tus manos de cortijera  
que me aguardan al llegar  
púdicamente escondidas  
tras el limpio delantal.

RAFAEL SALCEDO



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

### COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OITICICA, 50 fr.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
- «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
- «El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
- «De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 fr.
- «Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
- «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
- «Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHA-RAVIGLIO, 630 fr.
- «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
- «Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
- «Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
- «El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
- «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.350 francos.
- «Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
- «Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SAN-DENEGUIER, 750 fr.
- «La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 350 fr.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores. Introducción de Haverlock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
- «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del Matrimonio»: H. y A. Stone, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. JUNG, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARA-NON, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

### BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 450 fr.
- «La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 fr.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
- «La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

### COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRICLA, 420 fr.
- «Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
- «Eacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Froudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.
- «Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid



## POETAS DE AYER Y DE HOY

# Las manos de mi cortijera

Dedicada a M. Martínez.

Los poros abiertos  
de sus toscas manos  
bebieron el sol.

Por eso morenas  
las veo, avariento,  
con deseos ocultos  
de besos tremantes  
y cálido amor.

Son fieles amantes  
que suelen moverse  
cual hojas de flor,  
que se abren de día  
y cierran la noche  
o se posan dulces  
en mi piel ardiente  
de buen labrador.

Rudas, de trabajo,  
no son cual la cera  
o flor de azahar,  
son manos de «tajo»  
las que llenas de vida  
remueven briosas  
los toscos aperos  
que llevo a labrar.

Por eso yo quiero  
tus manos hermosas  
de moza garduña  
de humilde lugar.

Son tan vigorosas,  
sencillas y hermosas,  
cual las bellas rosas  
que adornan mi hogar.

Amadas manos de moza,  
la del cortijo en la sierra,  
o el campo cercano al mar :  
Yo solo sé lo que valen  
tus manos de cortijera  
que me aguardan al llegar  
púdicamente escondidas  
tras el limpio delantal.

RAFAEL SALCEDO



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

### COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OTICICA, 50 fr.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
- «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
- «El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
- «De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 fr.
- «Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
- «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
- «Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 630 fr.
- «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
- «Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
- «Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
- «El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
- «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.
- «Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
- «Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SANDENEGUIER, 750 fr.
- «La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 350 fr.

### BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores. Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
- «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del Matrimonio»: H. y A. Stone, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. JUNG, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARANON, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

### BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 450 fr.
- «La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 fr.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
- «La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

### COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRICLA, 420 fr.
- «Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
- «Pacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Froudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuar Mill», por H. TAINÉ, 600 fr.
- «Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid